pectáculo en un prólogo, nueve
adros y un epílogo de
Simón Gantillón
traducción de
7
AZORIN
MAYA
A FARSA
mero extraordinario
na peseta
127

6949

MAYA

MAYA

ESPECTÁCULO EN UN PRÓLOGO, NUEVE CUADROS
Y UN EPÍLOGO DE

SIMON GANTILLON

TRADUCCIÓN DE

AZORIN (pseud)
Martínez Ruiz

Estrenado en el teatro de la Zarzuela,
de Madrid, el 25 de enero de 1930.

DIBUJOS DE ALONSO

LA FARSA
AÑO IV | 15 DE FEBRERO DE 1930 | NUM. 127
MADRID

Rivadeneyra (S. A.).—Madrid.

La habitación de una mujer galante en un gran puerto del Mediterráneo: una concha donde resuenan todos los ruidos del mar.

La Mujer, considerada en su función pasiva como materia plástica del deseo del hombre: mariposa cuyas alas pintan los hombres con los colores de su fantasía.

El Hombre... Marino de todas las graduaciones. de todas las marinas, de todos los países; corredores de océanos, buscadores de evasiones, solitarios alucinados.

Una decoración única... La misma siempre... Centro del mundo —una celda, una cama, una cortina, una lámpara—; pero reformado todo, según la visión particular de cada viajero; el mismo gesto, el mismo vino, bebido en la misma copa, pero con embriagueces variadas... La misma mujer; pero, contra su rostro, las máscaras de los amantes en función de quienes ella nace, existe breves instantes, y luego muere.

Estos (los conscientes y los inconscientes) persiguen en ella, o por medio de ella, a través de ella, o a pesar suyo, la rebusca de un infinito del que ella es la falsificación. Así disminuye la importancia real de la mujer a medida que aumenta en el hombre el valor del ser imaginario que él se forja en ella y que acaba por sustituirla.

Esta desencarnación *progresiva es la curva ascendente de una acción interior y su división en cuadros marca las etapas y los descansos.*

Ahora bien... Ved aquí—encadenando estos momentos dramáticos—, ved aquí a Linda, mujer galante, con los trazos y los avatares del oficio, con el color y el movimiento de su calle, esta calle de la que no podrá salir jamás; Linda, a un mismo tiempo

sustitutivo, confidente, objeto de cambio, refugio, reflejo, rival de su propio recuerdo. He aquí Linda-Maya *y sus reproducciones: mito, apariencia e ilusión; vendedora de placer e inspiradora de sueños; terrible y dulce como la Naturaleza...* Linda-Maya, *mujer y hada, elevada del signo particular al símbolo universal, para volver a derrumbarse bruscamente en las comunes medidas de la vida cotidiana.*

Y se ha terminado, porque va a volver a empezar..., *porque comienza todos los días...*

El mar, al otro lado de los muros de esta habitación, hace oír su voz imperiosa y serena.

PERSONAJES

(POR ORDEN DE SU ENTRADA EN ESCENA)

La Mujer	Lola Membrives.
El Navegante	Ricardo Puga.
Linda, mujer galante	Lola Membrives.
Celeste	Esperanza Ortiz.
Alfonsina	Matilde Rodríguez.
Irma	Africa Picot.
Alberto	Guillermo Grases.
Fifina	Trinidad Carrasco.
Dos marinos de guerra	N. N. (No hablan.)
La Planchadora	Elisa Moréu.
La Vendedora de fruta	Concha Blázquez.
Un Obrero del Arsenal	José Marco Davó.
Nostrama, vieja celestina	Amparo Astort.
Valentín	Enrique Suárez.
Un Hombre con gorra azul	Reynaldo Asensio.
El Intérprete del transatlántico	Ricardo Puga.
El Noruego	Guillermo Grases.
Ernesto	José Marco Davó.
El Pintor	Luis Roses.
Herminia, mujer galante	Esperanza Ortiz.
El Fogonero	Fernando G. del Fresno.
Víctor, el Contramaestre	Manuel Aragonés.
El Moro de los tapices	Fernando G. del Fresno.
El Descargador	José García.
El Indú	Ricardo Puga.
Lea, mujer galante	Mercedes Soto.
El Guitarrista	Luis Roses.

Epoca actual. Derecha e izquierda, las del artista.

671062

Una habitación en planta baja, en una callejuela donde sólo habitan mujeres de vida alegre, en un gran puerto de la costa mediterránea. Las paredes de color rosa sucio. Una cama, una mesa, dos sillas, un espejo grande y una lámpara colocada sobre la mesa. Una puerta, que da a la calle, y una cortina, que podrá correrse delante de la puerta. Una ventana. En la repisa de la ventana, naranjas y tomates. Suspendida delante de la ventana, una jaula con un canario. Puerta pequeña que da entrada a un cuarto-despensa. Los muebles son de madera basta y color vino. El marco del espejo será negro. La cortina y la colcha de la cama son de color rojo oscuro. La bata que viste Linda es de color rojo, al principio, y este color irá decreciendo en intensidad para quedar, al fin, del mismo color rosa sucio que tienen las paredes. Importa que la unidad de tono que se obtenga, utilizando los componentes y derivados del rojo, concurra a crear la atmósfera, para reforzar la unidad de lugar. En el proscenio, una cortina de escena movible, figurando el puerto viejo de Marsella. Esta cortina jugará en el curso del espectáculo al finalizar cada cuadro. Delante de la cortina, con alumbrado diferente, se representarán los pasajes y diálogos destinados a unir la acción de la obra, evitando así toda interrupción en la marcha y desarrollo del espectáculo.

ORDEN DEL ESPECTACULO

PRÓLOGO.

1.° EL OBRERO DEL ARSENAL.

2.° EL HOMBRE DE LA MONTAÑA.

3.° EL INTÉRPRETE.

ENTREACTO

4.° EL HOMBRE DEL NORTE.

5.° ERNESTO.

6.° EL FOGONERO.

ENTREACTO

7.° FIFINA.

8.° VÍCTOR.

9.° EL INDÚ.

EPÍLOGO.

PRÓLOGO

La Mujer y El Navegante.

(Oscuro en la sala y en la escena. A la izquierda, sobre la cortina, se enciende una linterna roja, triangular. En los cristales, pintado, el número 7. Proyector, desde el proscenio, que ilumina con blanco resplandor la figura de La Mujer, *inmóvil. A la derecha, en la sombra,* El Navegante, *apoyado en la pared, contempla a La Mujer. Una pausa.)*

El Navegante.—¿A quién esperas?

La Mujer.—A ti... A ti... o a otro. Y tú..., ¿a quién buscas?

El Navegante.—A ti... A ti... o a otra.

La Mujer.—¿De dónde vienes?

EL NAVEGANTE.—*(Haciendo un ademán.)* La vuelta al mundo... Del mar...

LA MUJER.—¿Dónde vas?

EL NAVEGANTE.—Abordamos siempre aquí...

LA MUJER.—Nosotras somos el puerto de amarre...

EL NAVEGANTE.—Menos seguro que el ancho mar...

LA MUJER.—No te comprendo...

EL NAVEGANTE.—¿Qué necesidad tienes de comprenderme?

LA MUJER.—¿Y vuelves a marcharte?...

EL NAVEGANTE.—Al mar... La vuelta al mundo...

LA MUJER.—*(Entreabriendo la bata.)* Pasa... El placer te espera... *(Pausa.)*

EL NAVEGANTE.—La cama... ¿está tibia aún?

LA MUJER.—Hubo uno antes que tú...

EL NAVEGANTE.—Y otro vendrá luego...

LA MUJER.—Una para todos... Todas para uno...

EL NAVEGANTE.—¡Alabada seas, Venus nostálgica!...

LA MUJER.—¿Qué dices?

EL NAVEGANTE.—¡Alabada seas, faro de nuestras nieblas!...

LA MUJER.—¡Cómo miras el farol de mi puerta!

EL NAVEGANTE.—El Asilo de noche.

LA MUJER.—Y del día... Y de una hora... ¡Ven! *(Levanta un brazo hacia la cortina de la puerta. Pausa.)*

EL NAVEGANTE.—¿Es tuya la casa?

LA MUJER.—Ni siquiera la alcoba.

EL NAVEGANTE.—¿Y la cama?

LA MUJER.—Ni siquiera las sábanas.

EL NAVEGANTE.—Y tu cuerpo... ¿es tuyo?

LA MUJER.—¡Ni siquiera el corazón!... *(Deja caer los brazos con desaliento.)*

EL NAVEGANTE.—¿No posees nada?

LA MUJER.—¡Yo soy el bien de los demás!... *(Abre las manos.)*

EL NAVEGANTE.—Entonces... ¿eres mía?

LA MUJER.—¡Si tú me compras!

EL NAVEGANTE.—¿No tienes familia?

LA MUJER.—Mi familia son mis amantes.
EL NAVEGANTE.—¿Son muchos?
LA MUJER.—¡Todos los que quieren!
EL NAVEGANTE.—¿No te importa ninguno?
LA MUJER.—Son ellos los que me eligen.
EL NAVEGANTE.—¿Y no tienes preferencias?
LA MUJER.—No.
EL NAVEGANTE.—¿Ni asco?
LA MUJER.—No.
EL NAVEGANTE.—¿Ni remordimientos?
LA MUJER.—No te comprendo...
EL NAVEGANTE.—¡Chist! ¿Ni esperanzas?
LA MUJER.—Nada... ¡Nada! ¿Y tú? *(Silencio.)* ¿Y tú?
EL NAVEGANTE.—¡Deseos!...
LA MUJER.—¡Soy tuya!
EL NAVEGANTE.—¡Recuerdos!...
LA MUJER.—¡Cierra los ojos!
EL NAVEGANTE.—¡Ansias!...
LA MUJER.—¡Las calmaré!
EL NAVEGANTE.—¡Secretos!...
LA MUJER.—¡Los escucharé!
EL NAVEGANTE.—¡Penas!...
LA MUJER.—¡Las consolaré!
EL NAVEGANTE.—¡Ensueños!...
LA MUJER.—¡Seré la mujer de tus sueños!...

(El hombre avanza hacia ella. Coloca ambas manos sobre los hombros de La Mujer y la contempla profundamente.)

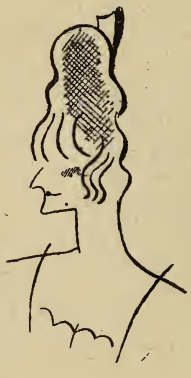
EL NAVEGANTE.—*(Con la voz cambiada.)* Mira... Algunos días, al atardecer...

LA MUJER.—La soledad...

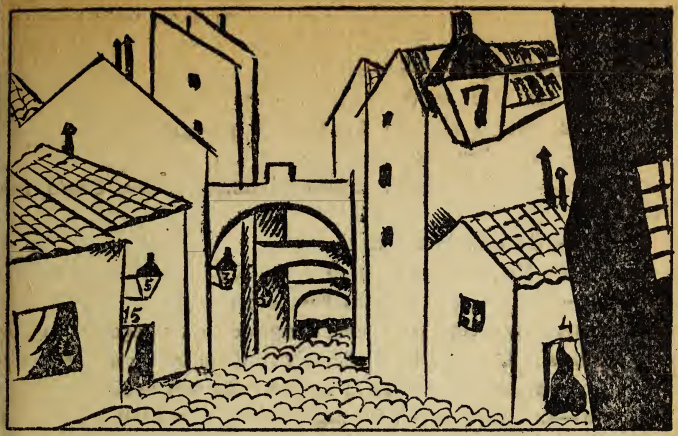
EL NAVEGANTE.—Echaría uno a pique el barco por una boca de mujer... *(Tiende ella la boca, ofreciéndosela. El la besa lentamente, mientras se van deslizando sus manos a lo largo de los brazos hasta las manos de ella.)* ¡Ah! Tu boca arde...

LA MUJER.—Es el calor de tu beso.

EL NAVEGANTE.—¡Tus ojos brillan!
LA MUJER.—Es el reflejo de tu mirada.
EL NAVEGANTE.—Pero tus manos tiemblan...
LA MUJER.—Es el temblor de tu cuerpo.
EL NAVEGANTE.—¿Cómo te llamas?
LA MUJER.—¡Cómo tú quieras!
EL NAVEGANTE.—¿Quién eres?
LA MUJER.—¡La que tú quieras! *(Pausa.)*
EL NAVEGANTE.—Tú eres la que yo busco...
LA MUJER.—*(Alzando la cortina.)* ¡Pasa!
(El la sigue. Se hace el oscuro y se levanta el telón.)



PRIMER ACTO



PRIMER CUADRO

(LINDA *está sentada con* CELESTE. *Descorrida la cortina de la puerta. Las dos mujeres hállanse ya vestidas, pintadas, peinadas, maquilladas, pero en zapatillas. Es el atardecer de un día de verano. Fuera el sol resplandece. Linda explica a Celeste una labor de crochet.)*

LINDA.—Haces dos mallas así... Luego, coges un punto... Así... ¿Ves? Otras dos mallas... Otras dos... Otro punto... En la segunda vuelta, lo contrario... Y luego, vuelta a empezar hasta que tengas hecho todo el largo...

CELESTE.—¿Cuántas vueltas harán falta?

LINDA.—Según... Para mí, cinco vueltas bastan... Pero tú tienes más pecho que yo... Seis... Siete... Necesitas siete vueltas. *(De repente.)* ¿Eh? ¡Buen cardenal! Oye, preciosa... ¿Quién te ha dejado ese recuerdo?

CELESTE.—¿Quién quieres que sea?

LINDA.—No se priva de nada tu amiguito León...

CELESTE.—Es que... ¡soy suya!

LINDA.—Eso debe costarte caro.

CELESTE.—No lo sé... Le doy todo lo que gano.

LINDA.—Eres demasiado generosa.

CELESTE.—Es mi gusto... *(Pausa. Celeste, bosteza. Linda, trabaja.)*

LINDA.—¿Se trabaja mucho?

CELESTE.—No puedo quejarme... ¿Y tú?

LINDA.—Han llegado muchos barcos estos días.

CELESTE.—Yo recibo poca gente desconocida... Tengo unos cuantos amigos... Una pequeña clientela... Es más agradable... Conoce una ya sus costumbres..., lo que cada uno prefiere...

LINDA.—La gente satisfecha paga mejor, es verdad... Pero son más distraídos los extranjeros... Cuentan historias de todos colores... y de todos los países del mundo.

CELESTE.—La mayor parte de las veces no se les entiende...

LINDA.—No lo creas... Dejan siempre una impresión... Una se imagina... Yo conservo algunos recuerdos, como si hubiera viajado por sitios que no conocería nunca de otro modo, seguramente. Hay momentos en que me parece que soy... otra mujer distinta...

CELESTE.—¿Y de qué te sirve eso?

LINDA.—*(sin escucharla.)* Se aprenden ciertas palabras... Y luego, cuando se van, te queda una especie de música que da vueltas en la cabeza...

CELESTE.—Ya, ya... Como los caballitos del tío Vivo...

LINDA.—¡Luego traen unas cosas tan raras... de unos lugares tan lejanos... Animales que parecen plantas... Flores que son pedruscos...

CELESTE.—No hace falta que vengan de tan lejos... Ayer me visitó un hombre del campo... Había estado segando el día antes y traía un olor a hierba riquísimo... Si vieras lo bien que me hacía respirar aquel olor.

LINDA.—El campesino regatea siempre, mientras que el mari-

o, cuando desembarca... *(Hace un gesto, dando a entender que marino tira el dinero.)*

CELESTE.—Como que entonces cobra en junto todo el sueldo... o son muy exigentes...

LINDA.—¡Mujer! ¡Nos han estado deseando tanto tiempo!...

CELESTE.—Y está una más expuesta con ellos, también.

LINDA.—Eso, sí... ¡Ah! Se me ha soltado un hilo... A ver... o..., dos... y uno... Ya está. *(Siguiendo la conversación.)* Es dad que con ellos se expone una más... *(Encogiéndose de nbros.)*

CELESTE.—*(Después de una pausa.)* ¿Sabes que Valeria se fué a mañana al Hospital? Si quieres iremos el domingo a verla. llevaremos unas naranjas, que la gustan tanto...

LINDA.—Yo no puedo ese día... Mi hombre tiene un permiso veinticuatro horas el domingo.

CELESTE.—Es verdad... Diré a Blanca que me acompañe... No : atrevo a ir sola por las calles... Eso de subir en tranvía..., blar con la gente... *(Mirando a Linda, que trabaja de prisa.)* ué de prisa lo haces! ¿Aprendiste a hacer malla cuando eras queña?

LINDA.—Sí... Con las Hermanitas... *(Satisfecha.)* Hice un paño tero de chimenea para la Superiora...

CELESTE.—¿Era bonito?

(Aparece ALBERTO *en la puerta del foro.)*

ALBERTO.—Se cotillea, ¿eh?

CELESTE.—Largo de aquí, mocoso... ¿Qué se te ha perdido?

ALBERTO.—¿No estáis en venta? ¿Hay que pagar algo?

LINDA.—Como coja la escoba, ya puedes preparar las costillas...

ALBERTO.—¿No dais un pitillo?

LINDA.—*(A Celeste.)* ¿Le ves qué pronto empieza? ¿Qué te rece este aprendiz de chulo? *(Le da un cigarrillo.)*

CELESTE.—*(A Alberto.)* ¿No te da miedo?... Eres un chiquillo no sales de las faldas de las mujeres...

ALBERTO.—Se pasa mejor que en la escuela... ¿Me dais lum- e? *(Entrando en escena.)*

CELESTE.—Pero... ¿sabes fumar? *(Alberto frota una ceril*
Y ahora que me acuerdo... Eres tú el que diste de beber a
perro en mi palangana...

ALBERTO.—*(Escurriéndose.)* Puede que creas que voy a en
nenar a mi perro... *(Vase corriendo, y gritando.)* ¡Al agua,
nas! ¡Al agua! *(Vase.)*

CELESTE.—En qué estarán pensando los padres... Dejar que
chiquillos anden por aquí...

LINDA.—Puede que no los tenga...

CELESTE.—Si yo tuviera un hijo le vigilaría... ¡Ya lo cr
Cuando estuve en casa de la Pellegrini...

LINDA.—Pero... ¿tú has estado en esa casa?

CELESTE.—¡Qué no habré hecho yo! Pues en casa de la
llegrini, la señora no dejaba nunca salir a su hijo por mied
las malas compañías...

LINDA.—Hacía bien. Con vosotras tenía bastante... *(Pausa.*

CELESTE.—Oye... ¿Te interesaría ir a América?

LINDA.—¿A América?

CELESTE.—Sí... ¿Conoces a Marius?... Sí, mujer... Mariu
El dueño del bar... Pues me dijo el otro día: "A ver si me
cuentras cuatro o cinco mujeres, así como tú... Tengo un b
negocio para vosotras..."

LINDA.—Ya me figuro lo que es...

CELESTE.—Es para ir a Montevideo... Yo no sé por dónde
eso... Pero parece que allí todo el mundo tiene los bolsillos
nos de oro... Pagan el viaje, la estancia en una gran casa
jardín, vestidos, salidas libres y los hombres... ¡así!

LINDA.—Sí, sí... Ya sé... El viaje en montón, con los emigr
tes, un trato de negros y un calor infernal... Me sé de memo
ese paraíso... No seré yo la que vaya... Ni tú tampoco,
oyes? No te dejes pescar en esa redada...

CELESTE.—¡Oh! A mí es difícil...

LINDA.—Oye. ¿Y María?... ¿Trabaja?

CELESTE.—¿Qué María?... ¿María, la del diecinueve? ¡Cla
No ves que dentro de cuatro meses... ¡Qué remedio la queda

INDA.—Es verdad... ¿Quién va a ahorrar si no para la no-
a?

LFONSINA.—*(Apareciendo en la puerta.)* Celeste... Ahí viene
preguntando por ti... Hola, Linda.

ELESTE.—¿Qué señas tiene?

LFONSINA.—Pues... es... un hombre... ¡Ah! Me ha dicho que
el de los jueves.

ELESTE.—Bueno, bueno... Es que los jueves tengo muchos
roquianos... A ver... ¿Son las cuatro? Debe ser el guarda-
jas... ¿No es uno delgado, con barbita?

LFONSINA.—No. Este no tiene barba... Además, yo me fijo
o en los hombres...

ELESTE.—Voy y vuelvo en seguida. Luego me dirás cómo hay
coger el punto de la otra malla... *(Vase.)*

LFONSINA.—*(Viéndola salir con envidia.)* Hay que ver el ne-
io que hace ésta...

INDA.—Qué, ¿van mal tus cosas, *Fonsina?*

LFONSINA.—¡Cómo quieres que vayan!... El farol de mi puer-
iene el número trece. Cuando los hombres se fijan no se atre-
a pasar de la puerta.

INDA.—¿Qué más da el trece que el catorce?

LFONSINA.—Pues algo de verdad debe haber... Ya conoces a
hombres... El caso es que tengo una suerte perra.

INDA.—¿Quieres dinero?

LFONSINA.—Si te sobra y me quieres dejar algo...

INDA.—Cuando se tiene un hombre no la sobra a una nunca
dinero... Pero no se lo digas a nadie... *(Saca una cajita de*
ajo de una almohada.) Toma... Un ojo de buey... He aho-
do dos iguales esta semana...

LFONSINA.—*(Sonando la moneda en el suelo.)* ¡Qué nuevo
á! *(Le mira.)* Con el retrato de Luis Felipe... No parecía
lo este pobre hombre... ¡Ay! Si yo encontrara un viejecito
... Gracias, Linda... No sabes el favor tan grande que me
es...

INDA.—¿Qué te vas a comprar?

ALFONSINA.—Empezaré por ir al puerto y me compraré un ramo de violetas... Ya verás... *(Vase. Al pasar por delante de la ventana, envía un beso a Linda.)* "¡Chao, belezza!" ¡Ah! Y tengas cuidado. Te devolveré tu dinero...

LINDA.—*(Incrédula.)* Sí, ya sé... Cuando conquistes al gobernador...

ALFONSINA.—*(Asomándose.)* ¡Ah! ¿Sí? Pues no creas... Yo tenido un novio gobernador... Como lo oyes... ¡Claro que entonces no era gobernador... Pero lo fué después... *(Vase corriendo.)*

LINDA.—¿Y no te ha condecorado? *(Risas de las dos. Linda sale al umbral de la puerta, levanta la vista al cielo y suspira gozosa. El sol es radiante. Linda, en la puerta de la calle, habla con las vecinas, invisibles, mientras continúa haciendo crochet.)* Buen tiempo, ¿eh?

UNA VOZ.—Pero no para nosotras...

LINDA.—¿Por qué no? Media horita de sol por lo menos disfrutamos...

OTRA VOZ.—Pero los parroquianos prefieren quedarse en las terrazas bebiendo bocks...

LINDA.—*(Gritando.)* ¡Hola, Julia! ¿Cómo te va? ¿Y Augusto? *(Volviéndose bruscamente hacia otra vecina invisible y con diferente tono de voz.)* ¿Por qué dices que no la pregunte por Augusto? ¿Cómo? ¿De veras? ¿Preso? *(Se adivina que Linda escucha una historia que va comentando con palabras sueltas y distintos gestos y movimientos.)* Pero si no es posible... ¡Claro, ¡Claro! ¡Pobre Augusto! Pues eso le va a costar lo menos cinco años... Es lo que yo le digo siempre al mío... Nada de riñas *(Entra* FIFINA.*)* ¿Qué quieres, Fifina?

FIFINA.—Vengo del puerto. Están amarrando tres barcos.

LINDA.—Eso es bueno para nosotras, Fifina.

FIFINA.—Un holandés, un español y otro que no sé de dónde es

LINDA.—Es lo mismo. Traerá hombres también... ¿Quieres hacerme un recado?

FIFINA.—Lo que usted quiera.

LINDA.—Cómprame un paquete de pastillas de menta... Te s

brarán diez céntimos... Para ti. *(Le da el dinero y una botella vacía.)* No la rompas... Metes las pastillas y la llenas de agua.

FIFITA.—Ahora mismo voy. *(Se oye la sirena de los talleres marítimos.)*

LINDA.—Las cinco y media... Vete, a galope. *(Vase Fifina. Al salir, Linda grita.)* ¡Y deja correr el agua para que salga fresquita!... *(Se dispone a arreglar las ropas de la cama)*

LA PLANCHADORA.—*(Llega jadeante.)* ¡Ah! ¡Hola, señora Linda! Creí que estaría usted ya ocupada y que no la podría ver... Acaban de dar la salida a los obreros del Arsenal.

LINDA.—Todos tenemos que trabajar.

LA PLANCHADORA.—Además, es la hora del permiso en los cuarteles... Los soldados vienen a estas horas a divertirse un poco...

LINDA.—Son jóvenes. Hacen bien.

LA PLANCHADORA.—La traigo el resto de la ropa. ¡Qué bien cuidadas tiene usted sus prendas! Yo he servido en muchas casas ricas... ¡Pues no tenían mejor ropa que usted! Diga. La joven del veintitrés me ha llamado para que me encargue de su ropa... ¿La conoce usted? Creo que se llama Herminia. La pobre muchacha se pasa el santo día llorando...

LINDA.—Es que no está acostumbrada todavía...

LA PLANCHADORA.—Es posible; pero así no va a tener mucha parroquia.

LINDA.—No la cobre usted caro.

LA PLANCHADORA.—¡Bah! Ya nos arreglaremos. *(Entra* IRMA.) ¡Eh! Mire usted quién llega... La señorita Irma.

IRMA.—*(Fuma un cigarrillo. Grandes mechones de cabellos sobre los ojos. Lleva la bata cerrada con la mano.)* ¿Qué tal va, señora Durán? Di, Linda, ¿puedes prestarme un poco de alcohol? Un americano borracho se ha bebido el que yo tenía y necesito rizarme de nuevo.

LINDA.—¡Otra vez! Pero tú no escarmientas. Cada media hora tienes que peinarte y arreglarte... Parece mentira que seas así... *(Entra en el interior.)*

LA PLANCHADORA.—No me extraña que su ropa interior venga todas las semanas hecha jirones...

IRMA.—¿Mi ropa interior? ¡Con este calor! Mire usted. *(Entreabre la bata.)* ¡La piel! *(Linda sale y la da una botella.)* Gracias, querida. *(Besa a Linda y se dirige a la puerta.)* ¡Ah! No os he contado... Es divertidísimo... Anoche vino a visitarme un señor... de veras... Un señor... Cuello planchado, puños, guantes... Lo que se dice un señor... Le dije que pasara un rato; pero él me contestó: "No" Y poniendo los ojos en blanco me dijo: "Quiero quedarme aquí contigo toda la noche. Necesito mimos, caricias, ternura..." ¡Un sentimental, chica! *(Riendo a carcajadas.)* ¡Un sentimental!... ¿No es para tumbarse de risa? *(Vase.)*

LINDA.—Hay hombres que creen que la ternura puede darse tan fácilmente como se da lo demás...

LA PLANCHADORA.—Sigue usted enamorada, ¿eh? Y Ernesto, ¿está bien?

LINDA.—Divinamente. *(Se quita las zapatillas y se calza los zapatos. La vendedora de fruta se detiene con el carro de la mercancía a la puerta.)*

LA VENDEDORA.—*(Gruesa, charlatana, hablando a gritos.)* ¿Qué me vas a comprar hoy, hermosa? ¿Quieres plátanos, albaricoques, ciruelas...? Las traigo riquísimas... *(A La Planchadora.)* ¡Adiós, señora Durán!

LA PLANCHADORA.—Adiós.

LINDA.—Gracias, mamá Grinda. Tengo naranjas todavía. *(Se acerca al carrito.)* Pero puede que la compre unas cerezas para mi canario.

LA VENDEDORA.—*(Escogiendo las cerezas.)* ¿Tu canario? Ya contaría cosas tu canario si tuviera lengua...

LINDA.—No creo que ya pueda sorprenderle nada.

LA VENDEDORA.—No. Ya pagarás todo el domingo. Contigo estoy tranquila... Tú eres una mujer decente. ¡Ea! Hasta la vista. Di, tú, Durán, ¿quieres convidarme o te convido?

LA PLANCHADORA.—No es mala idea.

LA VENDEDORA.—*(A Linda.) Salute.* ¡Adiós!

INDA.—Salud, y muchas gracias.
A PLANCHADORA.—*(Cargando la bandeja de ropa en el carri-*
) Adiós, señorita Linda. Hasta el lunes. *(Vanse las dos char-*
do y riendo.) Pareces de la marina mercante.
A VENDEDORA.—Como que ha llegado la escuadra. *(En sentido*
trario llega ALFONSINA *entre dos marineros.)*...
ALFONSINA.—¡Eh, Linda! ¿Qué te parece? ¡A pares!...
INDA.—¡Buen provechito!
ALFONSINA.—¡A la salud de Luis Felipe! *(Vanse.)*
INDA.—*(Hablando a su canario.)* ¡Pi, pi, pi! Está bueno, ¿eh?
tá contento el pajarito... ¡Pi, pi! Da las gracias a tu mamá...
onoces tú a tu mamaíta? ¡Eh! Te gustan las cerezas... ¡Ah!
oloso! ¡Golosillo! ¡Rico! ¡Monín! *(Empieza a cantar.)*

Ya el tiempo vendrá
en que haya cerezas,
y alegre el gorrión
y el mirlo burlón
estarán de fiesta.
Los novios dirán
muchas más ternezas;
en su corazón
cantará un gorrión.
¡Qué tiempo feliz cuando haya cerezas!

(Bruscamente se vuelve y sonríe con esa sonrisa mecánica de
s profesionales del amor. Ha entrado un hombre, un obrero de
s talleres del Arsenal. Bigote grande, gris. Se quita la gorra
rpemente; deja en el suelo el bolso con las herramientas de tra-
jo, y después, lentamente, saca unas monedas que coloca sobre
mesa, sin decir una palabra. Linda cuenta empujando las mo-
das con un dedo. El hombre espera.)
LINDA.—¿Nada más?
(El hombre duda, contempla a Linda, vuelve a abrir el porta-
onedas. Linda corre la cortina y se quita la peineta. Mutación.)

DELANTE DEL TELON

(FIFINA y ALBERTO *aparecen delante del telón, cada uno por un extremo de la escena. Fifina lleva un ramito de flores en la mano. Cuando ve a Alberto se detiene.)*

ALBERTO.—Adiós, Fifina. Cualquiera diría que te doy miedo.

FIFINA.—*(Vivamente.)* Nada de eso.

ALBERTO.—Lo has dicho muy de prisa. *(Se aproxima. Ella hace un movimiento para marcharse y él la detiene, sujetándola por el pelo.)* No tires, que te vas a arrancar esta cola de ratón... No temas, mujer; no temas... En primer lugar, tienes muchos huesos... Tienes los brazos como cerillas... *(La pellizca las pantorrillas.)* Y esto te lo habrán vendido con rebaja, ¿eh?

FIFINA.—Si tanto te disgustan, ¿por qué andas pellizcándomelas siempre?

ALBERTO.—¿Yo? Si eres tú la que me buscas. No puedo dar dos pasos sin tropezarme contigo...

FIFINA.—Eso creerás tú.

ALBERTO.—¿Ves esas flores? Apuesto lo que quieras que son para mí...

FIFINA.—¡Pues te equivocas!

ALBERTO.—¡Ah! ¿Entonces para quién son? ¿Le conozco yo?

FIFINA.—Oye, ¿no sabes?... Linda, la rubia del siete... Se le ha muerto la pequeña.

ALBERTO.—¿Qué pequeña?

FIFINA.—Una hijita que tenía criando en el pueblo... Yo he podido reunir estas flores para llevárselas.

ALBERTO.—Se ve que la quieres.

FIFINA.—Es muy buena conmigo.

ALBERTO.—*(Presumiendo.)* Y conmigo también.

FIFINA.—*(Inquieta.)* ¿De veras?

ALBERTO.—A mí las mujeres... ¡Puaf!

FIFINA.—¿Entonces por qué andas rondándolas siempre?

ALBERTO.—Y tú... ¿No las haces tú los recados?

FIFINA.—Pero es otra cosa... Son cosas de mujeres...

ALBERTO.—No sabes lo que dices.

FIFINA.—Más de lo que tú crees.

ALBERTO.—¡Mírala! Abulta menos que una quisquilla y dice que sabe...

FIFINA.—Pues a ti bien que te gusta esta quisquilla...

ALBERTO.—Como otra cualquiera. Las mujeres... ¡las tengo así! Fíjate. *(Da un silbido y se coloca presumido.)*

FIFINA.—Alberto, ¿por qué eres tan malo conmigo?

ALBERTO.—Porque no sabes defenderte. Ni más ni menos.

FIFINA.—Eso es según. Depende de quien sea.

ALBERTO.—Eres demasiado fácil.

FIFINA.—No.

ALBERTO.—Pues no te vayas. Oye, ven.

FIFINA.—Adiós. *(Le arroja el ramo de flores y vase corriendo.)*

ALBERTO.—*(Solo, mirando las flores.)* ¿A quién se las regalaré? *(Vase. Abrense las cortinas y aparece la habitación de Linda.) (Mutación.)*

SEGUNDO CUADRO

(En el cuarto de Linda, que está ausente, y a las doce del día. NOSTRAMA, *sentada detrás de la mesa y medio vuelta hacia la puerta, tiene sobre las rodillas una mugrienta caja de puros, dentro de la cual hace sonar el tintineo de unas monedas. Pausa. A poco llega* ALFONSINA.)

ALFONSINA.—¿Eres tú la que recoge el dinero para la corona, Nostrama?

NOSTRAMA.—Sí, hijita. ¿Cuánto traes?

ALFONSINA.—Ahí lo tienes. *(Entregándoselo.)* Lo de dos amigos.

NOSTRAMA.—Y bien pagado.

ALFONSINA.—Con propinas y todo. ¿Han cotizado muchas?

NOSTRAMA.—Lydia, Eugenia, Herminia, Lea, Ana... ¡Ah! Y Amalia, que ha batido el record... Lo de seis amiguitos...

ALFONSINA.—*(Un poco humillada.)* Cada cual hace la procesión con los santos que puede. Y ¿cuál es la que ha dado menos?

NOSTRAMA.—Marieta.

ALFONSINA.—Me lo figuraba. Se habrá guardado la mitad para ella... ¡Como que no es una persona decente! *(Hace un gesto de desprecio.)* Todas nos hemos comprometido a entregar una hora de trabajo... Será bonita nuestra corona, ¿verdad?

CELESTE.—*(Entrando.)* Llegó mi turno. *(Deja caer dinero en la caja.)* ¿Todo eso ya?... ¡Bien contenta se va a poner Linda!

NOSTRAMA.—¿Quién va a comprar la corona?... Y ¿dónde se venden esas chucherías?

ALFONSINA.—Me parece haberlas visto en la calle Nueva, al lado de la botica.

CELESTE.—*(Riendo.)* No, tonta; allí lo que venden son aros de salvamento... Salvavidas, que se llaman.

ALFONSINA.—No dirás que no se parecen.

NOSTRAMA.—De estos naufragios no se salva nadie.

ALFONSINA.—¿Cómo ha sabido Linda la noticia?

CELESTE.—*(Riendo.)* De un modo muy gracioso. Se la dió un paleto, al mismo tiempo que la propina... ¿Qué os parece? Era el marido de la nodriza.

ALFONSINA.—¿Y qué dijo ella al saberlo?

CELESTE.—Poca cosa. Ya conocéis a Linda.

ALFONSINA.—Cuando la da por cerrar el pico...

CELESTE.—Y que hace ya tres años que no había visto a la criatura. Por consiguiente...

NOSTRAMA.—En fin, ¿cómo queréis la corona?

ALFONSINA.—Toda blanca, como es natural... Para una inocente.

CELESTE.—A mí me gustaría con unas perlitas rosa y hojas verdes. Me parece así más... más alegre.

NOSTRAMA.—¿Y por qué no con esos granos amarillos como el maíz? Haría más aldeano.

ALFONSINA.—En la corona habrá que poner alguna cosa. "Dolor eterno", o algo semejante, ¿no?

CELESTE.—Debe ponerse: "Duerme en paz, angelito adorado."

NOSTRAMA.—"Recuerdo de la calle del Puerto", podíamos po-
r. *(Las tres rompen a reír.)*
ALFONSINA.—Siempre está de broma Nostrama.
CELESTE.—También debe colgar Linda un cartelito en la puer-
de su casa mientras esté fuera.
ALFONSINA.—Escríbelo tú, Celeste, que tienes la letra tan bonita.
CELESTE.—Con mucho gusto. Y ¿qué pongo en el cartel?
ALFONSINA.—Pues lo mismo que en las tiendas: "Cerrado por
función."
CELESTE.—Eso no. Los clientes podrían creer que era ella la
uerta.
NOSTRAMA.—Pon: "Cerrado para descansar." *(Ríen.)*
CELESTE.—Eso está bien.
ALFONSINA.—No. Se me ha ocurrido otra cosa mejor. "Prohi-
do entrar, en señal de duelo."
CELESTE.—¡Bravo! Has acertado. *(Mirando por la ventana a*
calle.) Aquí está Linda, que vuelve de comprarse ropa. *(Las*
es mujeres adoptan una gran seriedad. Abrazan a Linda en
uanto entra y hablan en tono menor. LINDA *viene acompañada*
e FIFINA, *que trae al brazo una blusa y una falda de color os-*
uro. Linda se sienta en la cama.)
ALFONSINA.—Parece mentira, ¿no?... ¡Pobre Linda!
LINDA.—Sí, claro. Ya ves.
CELESTE.—Tú no lo esperabas.
NOSTRAMA.—Hay que esperarlo todo siempre.
ALFONSINA.—¿La niña estaba enferma?
LINDA.—¿En el campo?... No, mujer; ha sido de repente.
CELESTE.—¿Cuánto tiempo hace que no la veías?
LINDA.—Casi puede decirse que desde el día que nació.
ALFONSINA.—¿Y no sabes de quién era hija?
LINDA.—¡Mía!
CELESTE.—¿Se parecía a ti?
LINDA.—¡Oh! Debía parecerse a todo el mundo.
NOSTRAMA.—¡Naturalmente!... ¿Y el ama conoce tu oficio?
LINDA.—No. Nunca hablamos de ello. Es una vieja que vive

allá arriba, en la montaña... Ella escribía a la comadrona. enviaba cada mes el dinero... *(Pausa.)*

NOSTRAMA.—Te advierto que vas a poder llevarle una corc bien hermosa. Toda la calle ha contribuído... Y no ha termi do la recaudación...

LINDA.—¡Qué buenas sois! *(Se levanta.)* Voy a ir prepará dome... Pasa, Fifina. *(Coge el vestido.)* No había nada más curo que esto en la prendería. La blusa tiene los botones bla cos, pero...

CELESTE.—Ni aunque tuviera los botones como el ala del cu vo, podría ponerse Linda esta blusa. El padre Moisés te la jugado bien. ¡Se han comido las polillas la mitad de la tela! Con esto encima se te vería la carne.

FIFINA.—¡Pues era la mejor pieza del puesto!

ALFONSINA.—Además, está hecha a la medida de Nostrama.

LINDA.—No he tenido tiempo de probármela. ¡Figúrate cón me iba a quitar la bata en medio de la calle!

FIFINA.—¿Quiere usted que vuelva a cambiarla?

CELESTE.—Si dices que no había otra mejor, estrecharemos ést

NOSTRAMA.—¿Y el sombrero? ¿Has pensado en el sombrer

LINDA.—¡Es verdad!... El sombrero...

CELESTE.—Sí, te hace falta un sombrero.

FIFINA.—¡Un sombrero!

ALFONSINA.—¿Un sombrero? Voy a traértelo. *(Vase corriend Linda se sienta.)*

LINDA.—¡Uf! Las cosas tan complicadas que hay que poner para parecer una mujer corriente.

NOSTRAMA.—A nosotras, mientras menos cosas llevamos, mej se nos conoce.

LINDA.—Oye, puede que también necesite un corsé. Celeste, n te parece que sería más... más...

CELESTE.—Y unos guantes.

LINDA.—¡Oh, qué difícil es parecerse a una burguesa!

NOSTRAMA.—Más fácil es para una burguesa parecerse a no otras.

LINDA.—*(Señalando a Fifina.)* Vamos, Nostrama.
(Entra ALFONSINA *con un sombrero de fieltro negro.)*
ALFONSINA.—Toma. ¡Qué bien hice al guardarlo!... Te partio que está a la moda de hace cuatro o cinco años. Pruébate. Así... ¿No entra?... Puede que te esté pequeño.
CELESTE.—Entrará quitándole la peineta. *(Linda se quita la na e intenta ponerse el sombrero. Celeste y Alfonsina, a su ededor, la ayudan y dicen: "Así no; así, mujer... No, así tamco... Más delante... Más atrás..." Linda acaba poniéndose el nbrero en lo alto del moño, de una manera ridícula.)* Así está n. *(Las tres mujeres ríen.)*
ALFONSINA.—¡Pareces una cosa del otro mundo!
CELESTE.—¡Das un susto al miedo!
NOSTRAMA.—¡Y pensar que hay mujeres que se ponen esas co- en la cabeza! *(Linda tira el sombrero, y las risas cesan brusnente.)*
LINDA.—No puede ser. Tendría que cambiarme el peinado, y no es posible. *(Moviendo la cabeza.)* Porque después...
NOSTRAMA.—Así no vas a ir, me figuro yo.
LINDA.—¡Claro! Quién va así a la iglesia y luego al... *(Se enge de hombros, completamente abatida.)*
NOSTRAMA.—¿Entonces...?
LINDA.—Entonces, voy a... ¡No sé qué hacer!... Dejadme que nse cómo podría arreglármelas... ¡Ay, ay, ay! En cuanto se ta de hacer otra cosa que el amor...
CELESTE.—En fin, Linda, si nos necesitas, estamos a tu disición... Volveremos antes de que te marches.
ALFONSINA.—¿Es mañana por la mañana? ¿A qué hora tomas tren?
LINDA.—Pronto. ¿Preguntaste en la estación, Fifina?
FIFINA.—A las tres cuarenta. No hay otro después del medía.
CELESTE.—Pues hasta ahora.
ALFONSINA.—Luego volveremos.

NOSTRAMA.—Voy a dar un toque de atención a las perezo para con la hucha.

(Vanse las tres mujeres. Linda queda en pie, con los bra como caídos.)

LINDA.—A las tres cuarenta... No puedo llegar a tiempo a

FIFINA.—¿Cómo que no? Yo la ayudaré. Llegará usted a dedor de las cinco... Me han dicho que es el único tren para en esa estacioncita...

LINDA.—Ya lo sé. Pero desde esa estacioncita hay una h larga de camino hasta llegar al caserío.

FIFINA.—¿Ha ido usted alguna vez?

LINDA.—No. *(Enseñándola una carta.)* Pero aquí me lo ex ca la comadrona... Lo esencial es saber cómo me las compo para salir de viaje. *(Se sienta.)*

FIFINA.—Señora Linda, ¡lléveme con usted! *(Suplicante.)*

LINDA.—¿Qué dices?

FIFINA.—¡Lléveme con usted! No he ido nunca en el tren, ¡tengo tanta gana de ir con la cabeza asomada en la ventani mientras el tren corre!...

LINDA.—¡Picarona!

FIFINA.—¡Y ver todo lo que hay por donde se pasa! Es i moso, ¿verdad?

LINDA.—No me acuerdo.

FIFINA.—He preguntado cómo eran esos pueblos... Me han cho que hay viñas, bosques, praderas... En fin, lo que es el cam

LINDA.—*(Sonriendo.)* La comadrona me ha dicho que hay camino muy bonito que sube por en medio de los olivares...

FIFINA.—¡Lléveme usted!

LINDA.—*(Siempre sonriendo.)* Hay viñas...

FIFINA.—Yo llevaré la corona.

LINDA.—Hay bosques...

FIFINA.—Yo seré su criada.

LINDA.—Hay praderas...

FIFINA.—*(Saltando de alegría y palmoteando.)* ¡Oh, lo que

os a divertirnos!... *(Corrigiéndose con rapidez.)* Ya comprenusted lo que quiero decir...

LINDA.—Sí, Fifina, sí. ¡Vacaciones!... *(Levantándose.)* Pero, lónde vas tú a dormir cuando estemos allá arriba? En casa l viejo no quiero dejarte... de ninguna manera.

FIFINA.—Me deja usted en una alquería... En un prado..., cualquier parte. En un prado, mire... ¡Debe ser tan dulce rmir allí de noche y oliendo a heno!...

LINDA.—¿Y vendrías así como estás, con ese vestido, con algatas? *(Dándose un golpe en la frente.)* ¡Ah!

FIFINA.—¿Qué tripa se le ha roto?

LINDA.—Pues otro inconveniente: que no tengo zapatos.

FIFINA.—Y esos que lleva usted, ¿qué son?

LINDA.—*(Con violencia y cólera.)* Hablo de zapatos de veras, los que se necesitan para andar... por los caminos, entre las edras... ¡Se pondrían buenos mis escarpines, atravesando los ivares!... Llegaría con las medias al aire.

FIFINA.—Entonces, ¿qué hacemos?

LINDA.—Lo primero, no pensar en comprar otros. *(Reflexiondo.)* Vamos a ver a quién podría... Es posible que Hermia, que lleva aquí poco tiempo, no haya vendido aún los borguíes que llevaba en la ciudad.

FIFINA.—*(Ya en la puerta.)* ¿Se los pido?

LINDA.—*(Deteniéndola con el gesto.)* No, no, Fifina; no vayas. erminia tiene unos pies de muñeca.

FIFINA.—Y no habrá medio de... *(Linda niega con la cabeza.)* Oh, todo perdido!

LINDA.—Ya lo ves. Todo en contra: el sombrero, los zapatos, vestido... ¡No vale la pena de insistir! *(Se sienta.)* No hay anera de irse... No podemos hacer nada.

FIFINA.—Pero tendrá usted más pena si deja que se vaya al elo ella sola..., solita.

LINDA.—*(Reflexionando y vacilante.)* No, no... Sí... Un poco... *Leyendo a media voz la carta de la comadrona.)* "La niña ha a ya muchas monadas a los hombres..." *(Doblando la carta.)*

¡Quién sabe si esto ha sido mejor para ella! *(Mirando a Fi*
y muy dulcemente.) Fifina, ¿quieres que te dé un beso?

(Fifina se acerca y alarga toscamente la cara. Linda la l
en la frente.)

FIFINA.—¿Cómo se llamaba?

LINDA.—¿Cómo se lla...? *(Frunciendo las cejas.)* ¡Ah! Pa
imposible, pero es verdad... No tenía nombre. Se han olvid
de... O acaso no me lo hayan dicho... El ama siempre, al
cribir, ponía la chiquitina.

FIFINA.—¿Y usted?

LINDA.—¿Yo? *(Como buscando todavía.)* Pues yo..., yo t
bién la llamaba la chiquitina... No he tenido mucho tiempo
sobra para pensar en ello. Sin embargo, eso de que no tuvi
nombre...

(Entra IRMA.)

IRMA.—¿No llego tarde para lo de la corona?... *(Echando*
dinero en la caja de puros.) Veo que no.

LINDA.—Gracias. *(Maquinalmente.)* Hoy por mí, mañana por

IRMA.—Ya sabes, Linda, que se hace de corazón... Como
fuera para algo mío... Y ahora, a trabajar por mi cuenta. *(M*
tis. Linda se acerca a la mesa.)

LINDA.—¿Tienes un pañuelo, Fifina?

FIFINA.—¿Un pañuelo?...

LINDA.—¿Y bolsillo?... ¿Tampoco? Entonces, llévate la caja

FIFINA.—¿Qué voy a hacer con ella?

LINDA.—Llevarte ese dinero.

FIFINA.—¿Adónde...?

LINDA.—Es que te lo doy.

FIFINA.—¿A mí?... ¿Todo?

LINDA.—Todo.

FIFINA.—Pero, ¿y las mujeres que...?

LINDA.—No te preocupes. Yo me arreglaré.

FIFINA.—¿Y... allá..., en el caserío?

LINDA.—Se ha pasado sin mí tres años, y ahora... Coge
dinero.

FIFINA.—¿De veras?

LINDA.—Y cómprate con él lo que quieras.

FIFINA.—*(Con una explosión de alegría.)* ¡Mi vestido de pri-ra comunión!

LINDA.—¡Qué guapa estarás, Fifina!

FIFINA.—*(Extasiada.)* ¡Para mí!... Si no estoy más bonita que iciana o que Marión... *(Se echa el dinero en la falda.)*

LINDA.—Seguramente serás la más bonita. *(Se acerca a la esa, ve su peineta, se la pone, y repite con una voz al mismo mpo dolorida y canalla.)* ¡La más bonita!... *(Rompe la carta la comadrona, mientras Fifina cuenta su dinero. Mutación.)*

TELÓN CORTO

(Un hombre destocado, con traje de intérprete de transatlá-
tico, sale al proscenio, lo atraviesa corriendo y se detiene, com
un perseguido, a escuchar. Vuelve sobre sus pasos, mira por d
trás del telón, huye de nuevo y desaparece. Pausa. A poco, s
len, por el mismo lado que entró el otro personaje, dos hombre
con gorras azules; uno de ellos se tapa la cara con un pañue
ensangrentado. Los dos se detienen y escuchan también.)

EL DE LA GORRA AZUL.—¿Estás seguro de que ha pasado pc
aquí?

VALENTÍN.—Seguro y cierto. No dejemos la pista.

EL DE LA GORRA AZUL.—Yo creí que había dado la vuelta en
esquina del Fuerte.

VALENTÍN.—No, no. Ha bajado la cuesta que lleva al barri
del Puerto.

EL DE LA GORRA AZUL.—¡Cualquiera encuentra su rastro aho
entre esas callejuelas!

VALENTÍN.—Lo encontraré, te lo juro. Ojo por ojo...

EL DE LA GORRA AZUL.—Amigo Valentín, después de todo, bie
puedes seguirle por el olor.

VALENTÍN.—No por el suyo, ¡maldita sea su alma! Pero pc
el de... ¡Ah! Cada vez que lo pienso...

EL DE LA GORRA AZUL.—Mira. ¿No es aquél de allá abajo, jun
a las escaleras?

VALENTÍN.—Sí, él es... ¡Ay, como le eche la mano encima!.
(Salen corriendo. Se levanta el telón para el tercer cuadro.)

TERCER CUADRO

(Linda está sentada delante de la mesa, bajo la luz de la lámpara, echándose las cartas.)

LINDA.—*(A media voz.)* Tres, cuatro... En la casa... Dos, tres, cuatro... Un cartero... Dos, tres...

(La puerta se abre bruscamente por un empujón del INTÉRPRETE, *que entra, cerrando en seguida y quedándose, anheloso, inclinado hacia ella, escuchando los ruidos de la calle.)*

LINDA.—*(Ahogando un grito.)* ¡Ah!... Me has asustado. ¡Vaya un modo de entrar!

EL INTÉRPRETE.—*(Indicándola silencio.)* ¡Chist! La policía.

LINDA.—*(Bajando la voz.)* ¡Ay, no, hijo, no! Historias aquí, no.

EL INTÉRPRETE.—*(Con un nuevo gesto imperioso. En la calle se oyen pasos, voces que interrogan, y se ven sombras en la cortina.)* Habla, canta, haz ruido, di alguna cosa.

LINDA.—¿De qué?

EL INTÉRPRETE.—De lo que sea. El caso es que crean que ha gente contigo.

LINDA.—*(Comprendiendo.)* ¡Ah! *(Dudando unos segundos esforzándose en reír y hablar alto.)* Pues sí, galán; si todos lo de la quinta del 29 son como tú y éste, nos ha caído el mar a nosotras... ¡Sois tan generosos!... *(Imita el ruido de beso muy sonoros.)*

EL INTÉRPRETE.—*(Incorporándose lentamente da un fuerte suspiro. Las sombras han pasado.)* Gracias. *(Se sienta.)* ¿Quiere darme un vaso de agua fresca? *(Linda se va por la derecha vuelve con un vaso de agua. El Intérprete se lo bebe de un trago.)* Gracias.

LINDA.—*(Desabrida.)* ¡A tu salud!... Si llegan a entrar los agentes, me trincan, sin comerlo ni beberlo.

EL INTÉRPRETE.—No era la policía.

LINDA.—¡Pues sí que tienes un tupé!...

EL INTÉRPRETE.—He dicho la policía, para que tú me hicieses el juego.

LINDA.—¿Quién te hacía correr, entonces? *(Se acerca al hombre y ve que tiene en la manga manchas de sangre.)* ¿Qué es eso de la manga? ¿Te han herido?

EL INTÉRPRETE.—No. Es sangre del otro.

LINDA.—¿Has matado a alguien?

EL INTÉRPRETE.—*(Moviendo la cabeza.)* ¡Bah! *Una coltellata* Una cortadura nada más. *(Hace el gesto de cortar y ríe ligeramente.)*

LINDA.—*(Acercándose a él.)* Dame la chaqueta, que te la lave Y en seguida te vuelves al sitio de donde vienes. No me gusta ver sangre. *(Cogiendo la cazadora y mirándola.)* ¿Eres de la marina?

EL INTÉRPRETE.—Intérprete a bordo del "Massilia".

LINDA.—¡Qué raro! Todavía no he visto a nadie de ese vapor

EL INTÉRPRETE.—Hemos amarrado esta misma noche.

LINDA.—¡Ah! *(Que quiere decir: todo se explica.)* Es un gran transatlántico... Tú no eres francés, ¿eh?

EL INTÉRPRETE.—Soy italiano, nacido en Buenos Aires; pero hablo cinco idiomas.

LINDA.—Para poder mentir cinco veces. *(Se lleva la cazadora al cuartito. El Intérprete se levanta y se pone a escuchar en la ventana. Pasa gente cantando el estribillo de una canción. Vuelve a sentarse, y maquinalmente se pone a barajar las cartas. Linda entra con un tazón de loza y un lienzo.)* ¡Vaya, has deshecho mi solitario!... Lo siento... O me alegro, porque no me iba a salir bien. *(Frota la manga de la cazadora con el lienzo empapado en agua.)* ¿Tú crees lo que dicen las cartas? *(El Intérprete hace un gesto de indiferencia.)* Yo sí creo; sobre todo, cuando prometen algo malo. No falla nunca. *(Cogiendo las cartas.)* Hace un momento que ellas me han anunciado una visita por la noche... y disgusto. Y tú acabas de entrar. *(Barajando.)* ¿Quieres que probemos contigo?... No son más que dos francos. *(El Intérprete asiente.)* Piensa en lo que quieras. *(Preparando las cartas.)* ¿Ya?... ¿Estás pensando en algo?

EL INTÉRPRETE.—En alguien.

LINDA.—En alguna, debes decir... No hay más que verte la cara. Y sobre todo, desde el momento en que dos hombres sacan el cuchillo... ¿Y por qué, Dios santo, por qué? Arriesgar el viaje a presidio... Hace falta que seáis... En fin, *(Tendiéndole la baraja.)* coge una carta. *(Ella le mira.)* El siete de pique. *Basta cosi.* No vale la pena de sacar otra más: pique significa dinero y siete es mi número... Tendrás un final favorable en tus proyectos... Ya estás despachado. *(Vuelve a coger la cazadora.)* En cuanto esté limpia la prenda, te la pones y te largas de aquí a escape. No quiero que me mezclen en tus asuntos. ¡Ah, no! ¡Historias aquí, no!... Me parece que te lo digo bien claro. Una vez limpio esto, hala. *(Frotando la manga.)* ¿Te había robado tu mujer?

EL INTÉRPRETE.—*(Con una risita burlona.)* ¡Ja, ja, ja! *(Se levanta y comienza a pasear furiosamente por la escena.)* ¿Ella, la mujer de un intérprete que cobra setecientos francos al mes?

¿Ella, la mujer de un hombre que lleva una gorra con letras bordadas y que recibe propinas?

LINDA.—Pues justamente. Podías haberle gustado...

EL INTÉRPRETE.—Una dama como ella...

LINDA.—¿Qué, era una duquesa?

EL INTÉRPRETE.—*Marchesa.*

LINDA.—Calculo yo que también tendría la nariz en medio de la cara.

EL INTÉRPRETE.—*Sí, sua...* ¡Su cara!... ¡Sus hombros!...

LINDA.—*(Cantando.)* "Y otra cosa también, que no sabré decirte,"

EL INTÉRPRETE.—*(Parándose bruscamente.) Che brutezza. (Volviendo a sus paseos.)* Tú no puedes comprenderlo.

LINDA.—¿Que no? Como si todos los hombres no fueran parecidos.

EL INTÉRPRETE.—Pero las mujeres no lo son.

LINDA.—¿Tan extraordinaria era?

EL INTÉRPRETE.—*(Extasiado.)* ¡Oh! *(Sordamente, rugiendo.) Hoooo!*

LINDA.—¿Tanto, tanto?

EL INTÉRPRETE.—*(Parándose.) Sai-tu?* Cuando ella se paseaba sobre cubierta con sus vestidos blancos transparentes y a contraluz...

LINDA.—Yo puedo ofrecerte eso.

EL INTÉRPRETE.—*(Volviendo a pasear.)* Y el viento, que la acariciaba...

LINDA.—¡Tenías celos del aire! *(Lo dice muy guasona.)*

EL INTÉRPRETE.—Lo que sentía eran ganas de insultarla o de arrojarla por la borda al mar, para que así acabase de atormentarme.

LINDA.—Por mí, haberlo hecho.

EL INTÉRPRETE.— *E poi...,* ella me miraba. Y entonces... *(Gesto de hombre vencido. Vuelta a los paseos. Pausa.)*

LINDA.—¿Por qué no sigues imitando a un león enjaulado?

EL INTÉRPRETE.—Noches enteras he estado así, dando vueltas

por el puente, de proa a popa, de babor a estribor... Luz verde, luz roja, luz blanca... Encerrado entre las luces de estos tres faroles, gritaba como si estuviera dentro de una prisión. *Da vero...* Yo hablaba en voz alta a un cabrestante, a un rollo de maromas, con su nombre siempre en los labios, acariciándole, mordiéndole: Emma... *(Más alto.)* ¡Emma!

LINDA.—*(Señalando la puerta.)* ¡Chist!

EL INTÉRPRETE.—*(Bajando la voz.)* ¿Tú comprendes? *(Sigue paseando.)*

LINDA.—Sí, hombre. Que bramabas. Está bien claro.

EL INTÉRPRETE.—A veces, *una specia di...*, una especie de... *(Tocándose la frente y parándose.)* Yo he visto elevarse su cuerpo sobre la estela del buque... Su cuerpo *bianco, bianco...* Y él me esperaba en la toldilla, y subía conmigo a la arboladura, y descendíamos juntos hasta las máquinas, y salía de entre las hojas del libro de a bordo..., de mi plato...

LINDA.—*(Asperamente.)* ¡Habértelo comido!

EL INTÉRPRETE.—*Sorgeva* por todas partes. Yo me inclinaba sobre la barandilla y sacaba fuera casi todo el cuerpo, para poder mirar los tragaluces de su camarote, que me fascinaban *cosi* como unos ojos... *Sai tu?* Yo, sujetándome sólo con las manos a una cuerda, he ido resbalando por el casco del buque para poder verla... Había una cortina pegada al cristal; pero detrás de la cortina yo sabía que estaba ella, y...

LINDA.—Sigue.

EL INTÉRPRETE.—El agua borboteaba y rugía furiosa bajo mis pies... ¡Ah! *¿Perchè* no me quiso el agua?

LINDA.—¡Cobarde! Haber soltado la cuerda...

EL INTÉRPRETE.—*(Pausa.) Sai tu?* Yo iba a escuchar a la puerta de su camarote para saber si se acostaba siempre sola... Tenía miedo de oír a alguien, y sin embargo, hubiese querido oírle...

LINDA.—¿Por qué?

EL INTÉRPRETE.—Aunque hubiese sido con otro..., porque era la voluptuosidad.

LINDA.—Vaya, vaya, a ti te gusta perder el tiempo.

EL INTÉRPRETE.—Sí. Yo debí, la noche que llegó a proa y se abrió la bata, yo debí caer sobre ella.

LINDA.—¡Fuego!

EL INTÉRPRETE.—Pero no tuve valor.

LINDA.—En cambio, no te ha faltado para acuchillar a un hombre.

EL INTÉRPRETE.—Por culpa de ella. ¡Ah, si tú hubieses respirado el perfume que dejaba al pasar!... Y su piel en flor, envuelta siempre en sedas... Y sus encajes, y las cintas que dejaba siempre resbalar por sus brazos, para excitar el deseo...

LINDA.—¡Qué tía!

EL INTÉRPRETE.—*Ma* figúratelo... Era carne de rica, no hecha para mis manos...

LINDA.—¿Qué dices? Cuando ésa subía al puente y les enseñaba el molde a las estrellas... Esas mujeres están hechas de la misma pasta que nosotras..., sólo que no hacen oficio de ello y les gusta divertirse... Haberte aprovechado y no estarías ahora lamentándote... ¿Fué el otro el que se divirtió?

EL INTÉRPRETE.—*Ma che!* ¡Nadie!... Su marido, el *signor marchesse,* la esperaba en el muelle con su automóvil... Ella le cogió la cara con las dos manos... *E poi, addio! (Pausa.)* Pero pensar que Valentín, el maquinista... Ni tanto así más que yo... Valentín ha mentido... *Sicuro.* ¿Dónde? ¿Cuándo? Para ella nosotros éramos iguales...: empleados, obreros y no unos señores.

LINDA.—Pero erais hombres..., y eso basta algunas veces.

EL INTÉRPRETE.—¿Quieres darme otra vez agua? He bebido mucho kummel... Valentín bebía menta y *(Ríe nerviosamente.)* en el bar parecía que su nariz era verde... Ahora tendrá colorada la nariz y los carrillos por... ¡Ah, ah! Los faroles del vapor... Luz verde..., luz roja..., luz verde... Una cruz le he hecho en medio de su linda cara.

LINDA.—*(Tapándose el rostro.)* ¡Me escalofría oírte!

EL INTÉRPRETE.—¡Suya es la culpa! El se lo ha buscado... ¿Quién le manda mirar en mi saco?

LINDA.—¡Ah! Si te había robado...

EL INTÉRPRETE.—No, eso no. Es un refrán... *Perchè allora.*

LINDA.—Tu sabrás.

EL INTÉRPRETE.—*(Reflexionando, y repentinamente.) Ma mi pare difficile...* ¿Cómo ha podido saber él?...

LINDA.—Tú me ocultas alguna cosa.

EL INTÉRPRETE.—*(Fijo en su idea.)* No había nadie en el pasillo del camarote; todo estaba bien solo esta mañana... Puede que la camarera se lo haya dicho.

LINDA.—Ya está lista tu cazadora. ¿Y la herramienta? Voy a lavarla también, porque si te pescan y ven sangre en la hoja... ¿La llevas en el bolsillo? *(Registra los bolsillos y de uno de ellos saca un camisón de seda rosa.)* ¿Es un recuerdo?

EL INTÉRPRETE.—*(Arrancándoselo de las manos.) Lascia!*

LINDA.—¡Ropa de lujo!... ¿Pero dentro?... ¿Sabes lo que te digo? Que sin sus bajos, sus cintas y sus encajes, es posible que no me ganase en nada tu hechicera.

EL INTÉRPRETE.—¡Aun está tibia! La he cogido en su misma litera... Y esto ninguna persona tiene derecho a tocarlo... ¡Nadie! Por atreverse..., *porchería...*, Valentín a hacerlo... ¡Aun está tibia! *(Acaricia el camisón como a un ser viviente. Llaman en la puerta. Linda va y, desde dentro, parlamenta. Ruido confuso de voces.)*

LINDA.—¿Quién es? ¿Qué queréis?... Sí, toda la noche... *Acercaros,* de mi parte, al veintiuno: se llama Eugenia... Y si no está libre, preguntad por Lydia, en el diecinueve... De nada... Hasta otro día. *(El Intérprete se ha quedado de bruces sobre la cama, con la frente apoyada en la camisa de mujer.)* Y vete, tú... Anda, vete... Ya estoy harta de emociones y esto me corta la digestión. *(Va a entrar en el cuartito, pero se vuelve y queda abstraída. Mira al hombre, que se ha sentado y está con la cabeza entre las manos. Linda duda, sonríe, coge la camisa y se va. Reaparece casi en seguida, llevando puesta la camisa, que es más bien un largo camisón de noche. Una luz débil, que viene del cuartito, ilumina a Linda por transparencia. El hombre la ve de*

pronto, queda unos segundos anonadado por el estupor y luego, semi-inconsciente, se arroja a los pies de Linda.)

El Intérprete.—*(Balbuciente.) La signora marchesa... Signora marchesa...*

Linda.—*(Con la voz y la actitud cambiadas, absolutamente inmóvil.)* Sí... Soy yo... Es ella...

El Intérprete.—*(Igual que antes.) Mio cuore... Mia vita... Emma... Emma...*

Linda.—*(Sin moverse.)* Tú lo ves... Es ella... Soy yo... Es ella... *(El Intérprete se ha tendido, cuán largo es, a los pies de Linda.)*

TELON

ACTO SEGUNDO

CUARTO CUADRO

LINDA y EL NORUEGO.

(EL NORUEGO *es un buen mozo, rubio, guapo y de aspecto ani-*
ado y candoroso. Va en mangas de camisa y arremangado casi
asta el codo; el cuello de la camisa desabrochado y muy abierto.
os dos personajes están sentados uno junto al otro sobre la
ama, deshecha.)

LINDA.—*(Mirando al Noruego con mucha ternura.)* ¿De dónde
enes tú?

EL NORUEGO.—Noruega... Trondjem...

LINDA.—¿Está lejos? *(El Noruego le muestra sus diez dedos*
e las manos, y luego, uno solo.) Once días... ¿Y hacia dónde
ie ese país? ¿Está arriba o abajo?

EL NORUEGO.—*¿Hon?*

LINDA.—¿Donde hace calor o dónde hace frío?

EL NORUEGO.—Frío..., frío...; mucho frío. *(Muestra tres v sus manos con los dedos extendidos.)*

LINDA.—Treinta... ¿qué?

EL NORUEGO.—Fareinheit. *(Esforzándose en la pronunciaci* Termómetro...

LINDA.—Bromista... Habrá que vivir dentro de un chubesqu

EL NORUEGO.—¿Qué es un chubesqui?... ¿Skis..., patín..., hi

LINDA.—No, hombre. ¡Qué cosa se te ha ido a ocurrir!... C besqui..., chimenea..., estufa..., fuego... *(Encogiéndose y fro dose las manos.)*

EL NORUEGO.—¡Ah, comprendo! Allí grandes fuegos con chas maderas... *Grantaer...*, abetos..., postes telégrafo. Barco lleva dentro del puerto.

LINDA.—¿Tú eres de por allí?

EL NORUEGO.—*Hon?*

LINDA.—Que si tu pueblo es ese Tron... que has dicho ante

EL NORUEGO.—No, no; yo, mucho más Norte. Mi casa Tromsoë... Una isla... Agua todo alrededor.

LINDA.—Entonces tu vives en una isla, como Robinsón... hay allí más hombre que tú?... Llévame contigo...

EL NORUEGO.—Mucha pesca... Pesca de *torsk*..., bacalao... noces?

LINDA.—Sí... Y no me gusta... A mí lo que me gusta es ensalada de tomates bien empapados en aceite...; pero me g mucho más... *(Intenta besarle.)*

EL NORUEGO.—*(Apartándola con dulzura.)* Aceite... Ya co co. Yo cazo *traël*..., focas, entre hielos..., mucho más Nort la *val*..., ballenas, grandes ballenas. *(Infla los carrillos, s ruidosamente y hace el gesto de tirar un arpón.)*

LINDA.—Siempre entre los fríos y los hielos, ¿verdad? Qu eso te haya hecho tener la piel tan blanca. *(Acaricia la garg y el pecho del Noruego, y éste, avergonzado, se abrocha la misa.)* ¿Te molesto? Eres más blanco que yo y tienes la piel como el raso. *(Abrazándole.)* Me gustas mucho; toma...

EL NORUEGO.—*(Siguiendo su ávido deseo de saber.)* ¿Qué es mate? *(Rechazando a Linda.)* Dime... ¿Qué es?

LINDA.—*(Yendo a coger uno de los que hay en la ventana.)* sto es un tomate. *(Vuelve a abrazar al hombre.)* Y ahora vas ser bueno y...

EL NORUEGO.—*(Interrumpiéndola.)* Muy bonito..., muy bonito mate... Rojo precioso... *(Juega con el tomate, echándolo al alto recogiéndolo varias veces.)*

LINDA.—*Encarnao, colorao,* se dice... Eres un chiquillo.

EL NORUEGO.—*Encarnao, colorao,* se dice. Mi país no hay estos utos...

LINDA.—Seguro que esto no crecerá bajo la nieve. *(Intenta razarle de nuevo.)*

EL NORUEGO.—*(Apartándola cariñosamente.)* ¡Oh! Sí, sí... Bajo eve se ven luces pequeñas, rojas..., como ésta, entre bosques... *Riendo infantilmente.)* Son luces pequeñitas de iglesia en noche e Noel... Está muy lejos... *(Mimando el andar con skis.)* Se nda, anda, anda sobre nieve... hasta llegar a luces pequeñas.

LINDA.—¿También tenéis Navidad en tu pueblo? ¡Qué suerte! Y tenéis también misa de media noche?

EL NORUEGO.—*¿Hon?*

LINDA.—Ya sabes lo que quiero decir: el cura *(Acompañándolo on gestos.),* y luego, el pesebre..., los ángeles, los pastores y los inticos... Espera... A ver si me acuerdo cómo cantan. *(Cantando.)* "Esta noche nació el Niño..." *(Los dos están frente a rente, y de rodillas, sobre la cama.)*

EL NORUEGO.—*(Aplaudiendo, encantado.) Glaëdelig jul... (Centelleándole los ojos.)* Y luego, grande y redondo pastel, dulces y... *Gesto de beber.) juleol.*

LINDA.—¡Ah! ¡La gran cena de Nochebuena! ¿También tú conoces eso? ¿Se celebra allí? ¡Y luego dicen!... El mundo no es un grande... Y en todas partes hay buenos mozos... *(Quiere abrazarle de nuevo y él la separa un poco.)* Qué arisco te estás poniendo... No seas huraño. *(Con ternura de agradecimiento.)* No engas con remilgos ahora, simpático. Y no tengas miedo, que

no busco, ni quiero ya tu dinero... Vuelvo a decirte que me g
tas... Y no creas que esto lo digo yo con frecuencia. Sé bue
conmigo...

EL NORUEGO.—¡Oh! Ya conozco... Encaprichada. Todas fr
cesas encaprichadas, quiere decir enamoradas de hombres. *(V
viendo a jugar con el tomate.)* Esto... ¿cómo se llama? No
acuerdo.

LINDA.—*(Con un poco de mal humor.)* Tomate, se llama toma

EL NORUEGO.—Es... bonito... Yo llevar mi hermana, para q
juegue como yo... *Hap!*

LINDA.—¡Qué mala suerte! Para una vez que el corazón m
daba... Oye, ¿cómo se llama tu hermana?

EL NORUEGO.—*¿Hon?*

LINDA.—Pero dime antes... ¿Y tú? ¿Cómo te llamas tú?

EL NORUEGO.—*(Sin comprender.)* Tomate.

LINDA.—No tienes tú mal tomate. *(Señalándose ella.)* Yo
llamo Linda. *(Señalándole a él.)* ¿Y tú?

EL NORUEGO.—Petter...

LINDA.—*(Repitiendo el nombre dulcemente.)* Petter... Pette

EL NORUEGO.—Y mi hermanita, Ludviga.

LINDA.—¡Oh! Es bonito...

EL NORUEGO.—Sí... Es muy bonita Ludviga...

LINDA.—*(Señalando el tomate.)* ¿Se lo vas a llevar?... Ese,
Espera, que voy a cogerte el más hermoso de todos. *(Va ha
la ventana.)* Aquí lo tienes... Lo grave es que no vas a po
decirle a tu hermana quién te ha dado ese obsequio para
y en qué sitio ha caído en tu poder. *(El Noruego guarda el fr
en un bolsón de viaje y saca luego de él un gran paquete.)* ¿Q
es eso?

EL NORUEGO.—*(Desliando el paquete.)* Juguete... Llevar yo
guete mi hermanita... Reirá mucho...

LINDA.—¡Ah! Una muñeca... *(La coge y se pone a peinarla
mucho cuidado.)* ¡Cuánto me gustan a mí las muñecas! *(Es
chándola contra su corazón.)* Figúrate que cuando yo era ch
tenía una muñeca, y la quería tanto, que para castigarme la

ban a ella y yo lloraba más que si me pegasen a mí. Y enton-
, para que mi muñequita no se creyese tan despreciada...
EL NORUEGO.—*(En noruego, sin hacer caso de Linda, de rodi-
s, delante de la muñeca e imitando a una niña.)* ¡Ah! *Petter,
en nideling dukke... Takk, kjore. Petter, takk. (Riendo loca-
nte.)* Muy contenta Ludviga, muy contenta... Un recuerdo de
ancia. *(Leyendo la etiqueta.)* Ar-tí-cu-lo de París... ¡París!
rre Eiffel... Sagrado Corazón... Folies Bergère. París, muy
rmoso...; pero no hay mar en París... Mar está Tromsoë.
aca una fotografía de su cartera.) Mira... Esta mi casa... Por
ntanas entra todo el mar..., el puerto..., los navíos. Hermosa
casa mía, ¿verdad?
LINDA.—*(Con tristeza.)* Hermosa, sí... Tú también eres guapo...
EL NORUEGO.—Y en esta casa vive mi padre y mi ma... *(Aver-
nzado repentinamente, se ruboriza y no nombra a su madre.)*
los hermanos: uno, dos, tres, cuatro... y Ludviga..., que tiene
bellos como el sol; pero no sol de aquí, que es muy fuerte;
lor sol Noruega, que es más pálido, más blanco... Y los ojos
tiene... ¡Oh! ¿Cómo? Como el cielo...
LINDA.—*(Mirando los ojos del hombre.)* Azul...
EL NORUEGO.—Sí... Ojos azules..., azules..., azules... *(Sonríe
rnamente a la imagen recordada y la besa. Espontáneamente,
con una explosión de ternura, Linda besa a la muñeca. Mu-
ción.)*

TELÓN CORTO

(Vienen paseando por delante del telón, ERNESTO, *soldado d Infantería de Marina, y otro soldado, distinguido,* EL PINTOR.)

ERNESTO.—Se comerá donde a ti te dé la gana, puesto que er tú el que pagas.

EL PINTOR.—No importa... Elige tú el sitio.

ERNESTO.—Bueno. ¿Tú conoces la casa de Paolo, el Mac roni; el bar, que se denomina *Tutto va benissimo,* que quiere d cir "Aquí no pasa nada de malo"? Pues si no lo conoces hazte cuenta de que no sabes lo que es una coquetería. Está al air libre y hay unos tiestos así..., con árboles y todo dentro d tiesto. Y después, zampas o engulles, como te guste más, sobr manteles de veras y no sobre tapetes de hule... En fin, que ha lujo de veras. Estoy seguro que Linda estaría allí como los ár geles en la Gloria.

EL PINTOR.—Sí que te elevas tú comparando.

ERNESTO.—Es que no me disgusta la Aviación. Y otra ventaj de este bar es que está en el mismo puerto, a cuatro pasos d palacio de mi ninfa. En un minuto nos plantaremos luego en s cuchitril.

EL PINTOR.—Entonces, *tutto va benissimo.* Llévame a casa d Paolo.

ERNESTO.—Chico, no sé. Parece mentira que tú me tengas tant afecto a mí, que soy el más golfo de los golfos.

EL PINTOR.—No, hombre, no. Es que tú me interesas... Yend contigo, viajo... Me haces ver países desconocidos... Es la únic ventaja de mi uniforme... y me aprovecho de ella. *(Se van y s alza el telón para el quinto cuadro.)*

QUINTO CUADRO

LINDA, ERNESTO y EL PINTOR.

(Linda, sentada en la cama, sirve de modelo al Pintor, que dibuja en un cuaderno. Este soldado hablará siempre con una especie de ironía encubierta, de la cual disfruta él solo. En el centro de la escena, y delante de la mesa, sobre la cual hay una botella de aguardiente y vasitos, está Ernesto, bien plantado y fumándose un gran puro.)

ERNESTO.—*(A Linda, y continuando un relato.)* ... Y no nos metieron en el calabozo, porque aquí el amigo se las arregló con

el cabo; le dió lo suyo en papel moneda, y lo que iba a s arresto, quedó en un apretón de manos y en dos frascos: un de vino, que nos repartimos éste y yo, y otro, de *Qué rica eres*.

LINDA.—Gracias, hombre...

ERNESTO.—No es a ti. *Qué rica eres,* es el nombre del fras de perfume que le regaló éste a la novia del cabo... ¡Valien cabo! *(Al Pintor.)* Te advierto que si así como el cabito amenaz te llega a dar, te lo juro, le sopapeo a mi gusto.

EL PINTOR.—Hubieras hecho mal. Mejor es que no te conoz nadie el genio.

ERNESTO.—¡Qué te calles te digo! ¿Por quién me tomas tú Yo soy un sinvergüenza y tomo dinero de las mujeres, pero so un hombre de honor. Y en este caso a que aludo se trataba de t que eres un tipo como no hay dos de buenos. ¡Figúrate, Linda El primer día que entró éste en el cuartel... El primer día mis mo, ¿sabes?—¡es para descoyuntarse!—, le robé las botas... *(En señando los pies.)* Míralas... Son éstas...

EL PINTOR.—Gracias a que tenía otro par.

ERNESTO.—Y no se chivó para que no me trincaran...

EL PINTOR.—Te hubieran castigado de firme.

ERNESTO.—Claro... Y me hubieran *mandao* a las Colonias... Yo la verdad, al principio, creí que eras tonto de remate; pero des pués, poquito a poco, he visto que todo en ti era bondad y qu la bondad te salía del corazón... y empecé a estimarte. A lo hombres como tú, la gente les toma el pelo... ¡Y no saben qu vales mucho! No eres orgulloso, eres desprendido, crees a pie juntillas todos los conflictos sentimentales que te cuentan... Tod el mundo quiere abusar de ti...; pero yo vigilo... Supongo qu no te molesta que yo hable mientras haces esos garabatos... Oye ¿sirve bien de modelo la adolescente?

EL PINTOR.—Como una santa. *(Pausa. Ernesto se sirve y bebe un vasito de aguardiente; luego se sienta con aire olímpico.)* Tengo la tripa que se me puede matar en ella una pulga. Sabes hacer bien las cosas... Mejillones *asaos,* salmonetes al gratín y pollo; no te digo nada, Linda... ¡Ah! ¿Y el vino? *(Chasqueando*

lengua.) Era terciopelo. Y luego, un cigarro de príncipe... para contera, se ha traído Linda un aguardiente, marca Tres estrellas, que es la luz. Tengo más suerte que un...

LINDA.—*(Rápidamente.)* ¡Ya sabes que tú no lo eres!

ERNESTO.—¡Bendita sea tu boca! Eres la misma gloria. *(Al pintor.)* Y tú, un hermano... y un señorito. Lo que me descoazona, te lo aseguro, y a veces llega a molestarme, es que seas tú siempre el que pagas.

EL PINTOR.—Pues con figurarte que soy una mujer..., en paz.

ERNESTO.—Ya sé que no te importa que yo no pague. Se ve que tienes mucho dinero.

EL PINTOR.—Lo gasto porque lo sé ganar con facilidad.

ERNESTO.—Pues yo he tenido épocas de estar dos o tres días sin comer, y semanas enteras de cenar sólo una sopa, y dormir en un palace con la cabeza apoyada en una cuerda... Veinte hombres en una habitación; una cuerda cruzándola, sujeta a la pared con dos clavos, y una ristra de miserables que nos tendíamos en el suelo y apoyábamos la nuca en la cuerda..., y diez céntimos cada socio..., y a lo mejor, por el mucho peso, la cuerda se rompía y todos rodábamos por el suelo en pleno sueño... A mí no me gustaba esa vida, y no me compadezcas, porque toda la culpa de aquella situación no era más que mía. *(Haciendo una piña con los dedos.)* Teniéndolas, como las tenía, así. ¡Así he tenido yo siempre las mujeres!... ¡Pero sin comprenderlas! ¡No sabía lo que hay que hacer con ellas!

LINDA.—*(Tiernamente a Ernesto.)* Canallita mío... bien has cambiado... *(El canario se pone a cantar desaforadamente.)*

ERNESTO.—¡Ellas son las que me han hecho cambiar! ¡Y qué no son nadie las pájaras cuando se ponen a perseguir a los hombres!... Y una mujer, ¡siempre las mujeres!, fué la que me sacó del fango... ¡Bien fea que era la condenada!... Tenía la cara picada de viruelas. Nos conocimos de noche...

EL PINTOR.—Me lo había figurado.

ERNESTO.—Siempre me decía la infeliz: "No quiero que vuelvas a tratarte con mala gente. Algún día te darán un mal golpe.

Quédate conmigo. Yo me encargo de todo..." ¡Y se encargó! Yo comía, fumaba buenos puros—no tan gordos como los tuyos—paseaba en "taxi", refrescaba en las terrazas de los cafés, jugaba mis partiditas de billar... La gran vida. ¡Ah!

LINDA.—Tampoco la pasas hoy mal del todo, galán. ¿Quién obsequia a su caprichito diariamente? ¿Quién le llena la petaca? ¿Quién le compra los pantalones del mismo paño que el de los jefes? ¿Quién te da dinero?

ERNESTO.—Sí que echas en cara tus regalos... Si quieres se lo contaré a mi coronel...

LINDA.—Es para que no hagas de menos a nadie.

ERNESTO.—Ya, ya... No he dicho que tenga queja de ti. Lo que quiero decir es que en aquel tiempo yo no tenía todavía la costumbre de ser mimado... Irma era muy zalamera; me requebraba, me acariciaba, me idolatraba, me quería de veras... ¡Hasta estaba celosa!

LINDA.—¿Y yo no? Tú sabes que eres toda mi vida... Atrévete a engañarme y... ¡ya verás!

ERNESTO.—¡Ah! De eso poco. Pregúntaselo al compinche. *(Al Pintor.)* ¿Te he "hablao" yo nunca de ninguna otra mujer? De ti sólo le he "hablao", y un montón de veces... A una hora, a otra y todos los días, ¿no es así? Hasta que le han "entrao" ganas de conocerte, porque te advierto que éste visita otra clase de gente...

EL PINTOR.—Pero estoy aquí bien a gusto.

LINDA.—*(Melindrosa.)* El señor es muy amable.

ERNESTO.—Parece que estamos en Versalles. ¡Qué finos!

EL PINTOR.—*(Cortando en seco la conversación.)* Ya lo he terminado.

LINDA.—*(Corriendo a verlo.)* ¡Ah! ¡Qué bonito! *(Extasiada y con alegría infantil.)* ¡Oh! Gracias, señor; muchas gracias. ¡Qué contenta estoy! No puedo estar más igual de como soy. Es mi misma cara. Son mis mismos ojos. ¡Y cómo brillan sobre el papel!... Y mi moño... *(Un poco desencantada.)* ¡Ay! Yo creí que se me vería más la peineta...

EL PINTOR.—¿Quiere usted que se vea más? Pues eso se consigue en seguida... Verá usted... *(Hace unos trazos rápidamente.)*

ERNESTO.—Qué caprichosa, ¿verdad?

EL PINTOR.—Y ahora, ¿le gusta más?

ERNESTO.—¡Está para comérsela!

LINDA.—¡Hay que ver lo bien que lo ha hecho usted! Es la primera vez que un artista se ocupa de mí... Ernesto, amor mío, fíjate qué bien se ve la peineta que me regalaste...

EL PINTOR.—Pero Ernesto, ¿es posible que tú hayas hecho un regalo a una mujer? ¿No te da vergüenza?

ERNESTO.—Fué una debilidad que tuve el día que me prestaste los cincuenta francos...

LINDA.—¿Y usted sabe también pintar las muestras? Quiero decir esas cosas que ponen en las tiendas... Carbonería... Lechería...

EL PINTOR.—¿Subido en una escalera y silbando al mismo tiempo que se pinta? Puede que también supiera hacerlo. ¿Es que usted desea poner algún letrero encima de su puerta?

LINDA.—No. Es que me acuerdo de otro artista que yo conocí siendo pequeña— Pintaba divinamente las flores. ¿Usted también las sabe pintar?

EL PINTOR.—Con sus hojitas verdes y todo.

ERNESTO.—¡Qué poéticos estáis!

LINDA.—Me gustaría que me pintara usted unas cuantas... Un ramo... Aquí, en la pared, para que yo pudiera mirarlas siempre... y ellas a mí...

EL PINTOR.—*(Asombrado por la petición, pero con alegría.)* Pues se las pintaré, con mucho gusto.

ERNESTO.—*(Con una explosión de entusiasmo.)* ¡No lo hay más simpático! Di, Linda, ¿no te parece a ti simpático el compinche? El me presta dinero, que no me reclama nunca; él me da cigarros puros de dos francos, con sortija, como se ve; él nos convida a comer cuando se quiera... Tú le pides que te retrate, y aquí estás... A ti se te antoja que te pinte flores en la pared y te las pintará... Y todo esto es "demasiao". *(Con sincera exaltación.)* Escúchame a mí ahora: Tú eres un señorito y yo soy un rufián;

pero no quiero estar en deuda con un hermano como tú, porqu para mí tú eres un hermano. Yo no tengo más que una cosa mía *(Señalando a Linda con un gesto magnífico.)* ¡Esto! ¡Te l ofrezco! ¿Verdad, Linda?

LINDA.—*(Candorosa en lo que parece un cinismo.)* ¡Claro!.. Ahora nos toca a nosotros estar finos con el señor y correspon derle...

EL PINTOR.—Son ustedes muy amables; demasiado amables *(Mirando su reloj.)* Pero es preciso que yo esté a las cinco en e cuartel. Tengo relevo a esa hora y ya sabes que no me gusta faltar a las horas de servicio. Hasta luego. Tú puedes quedarte, tienes permiso hasta media noche... Que usted lo pase bien, buena moza... Es usted muy guapa y lleva usted una peina muy bonita. Y muchas gracias otra vez.

ERNESTO.—*(Abriendo la puerta.)* No hay por qué darlas. Tú eres siempre mi amigo del alma. Hasta luego. *(Vase El Pintor. Ernesto le hace señales de adiós con la mano. Gritando.)* ¡Oye, que no te vayas a dejar raptar en el camino.

LINDA.—*(Molesta.)* ¡No faltaría más!

ERNESTO.—Y qué, ¿se te perdería a ti algo con eso?

LINDA.—¿A ti no te importaría nada? Se ve que no eres quisquilloso. De todas maneras tu amigo ha podido ser un poco más galante... ¿Has visto qué orgullo? "Dispensen... Tengo prisa... No quiero faltar al cuartel." Vaya un modo de ser desagradecido... Aquí que no vuelva a poner más los pies... Eso de ninguna manera... Así aprenderá a tener educación... Yo también tengo dignidad y se lo haré ver así... Pues no faltaba más... ¡Rechazarme!

ERNESTO.—*(Encogiéndose de hombros.)* No te preocupes. El chico es simpático, no se puede decir lo contrario; es un chico simpático. ¡Sólo que es un burgués!

LINDA.—Pero es que hay burgueses a los cuales también les gustamos nosotras... Y a propósito: todavía no te he "enseñao" una cosa. *(Tendiéndole una pulsera de oro.)* ¡Eh! ¿Qué te parece?

ERNESTO.—*(Mordiendo el metal.)* Está bien. Tu cliente no se a "burlao" de nosotros,

LINDA.—*(Con orgullo.)* Mi piel no le disgusta a todo e' mundo.

ERNESTO.—Felizmente para mí.

LINDA.—En cambio ese... ¡Ese medio tonto!...

ERNESTO.—Te lo voy a explicar, mujer. El compinche es... Mejor dicho, está muy bien "educao" para comprender las cosas de la vida y...

LINDA.—En cambio ése... ¡Ese medio tonto!...

ERNESTO.—*(Jugando con el brazalete.)* También puede ocurrir que quiera serle fiel a su novia... Porque tiene novia.

LINDA.—*(Ablandada y convencida.)* Si fuera eso, yo le perdonaría... Porque para mí, tú ya lo sabes, no hay nada en el mundo como la fidelidad... *(Se apoya amorosamente en el hombro de Ernesto y éste se guarda el brazalete en el bolsillo. Mutación.)*

TELÓN CORTO

(Por delante del telón y de izquierda a derecha pasan IRMA NOSTRAMA.)

NOSTRAMA.—Una está acostumbrada a todo, pero hay cosas qu no se creen si no se ven. ¡Valiente capricho! Puedes creerme qu aun estoy asombrada de esta canción de amor al amanecer.

IRMA.—¿Pero tú has visto la guillotina?

NOSTRAMA.—¡Eso no! He salido corriendo.

IRMA.—¡Sí que te han dado una broma!

NOSTRAMA.—¡Menuda es la que se le ocurrió al hombre "¿Cuál es su último deseo?", le preguntó el juez. "Una mujer" respondió el reo. "Quiero estirar bien el cuerpo antes de que m lo disminuyan." Vinieron a proponérmelo, y yo... No se le puc de negar nada a un condenado a muerte.

IRMA.—Ya no podrá volver a pedirlo nunca.

NOSTRAMA.—Para enterrar su vida se estaba fumando un buen puro y paladeaba un vasito de ron...

IRMA.—¿Y no le temblaba la mano?

NOSTRAMA.—No. Figúrate que por el suelo estaba el cabello que le acababan de cortar... Se inclinó, recogió un mechón de su pelo y me lo ofreció... Aquí lo tienes... ¡Era un mozalbete! *(Pausa.)* Hubiera podido ser mi hijo... Hay que acostumbrarse a todo... *(Mutis. Se levanta el telón para el sexto cuadro.)*

SEXTO CUADRO

LINDA, UN FOGONERO *y después* HERMINIA.

(Linda está sentada en una silla, y acurrucado ante ella un hombre, del cual Linda acaricia los cabellos. El habla muy despacio, con acento anglo-australiano, un poco cómico.)

LINDA.—*(Como si consolase a un niño.)* Sí, hombre, sí, cuéntame tus penas, y así se aliviará tu alma. No podré hacer nada por ti, seguramente; pero se calmará tu aflicción. ¿A que ya estás más tranquilo? *(Levantándole la cabeza.)* Llora, llora si quieres... No hay que avergonzarse por llorar, y menos delante de mí. Tú has estado en la guerra. Has pasado tiempo en las trincheras, en la Soma, en la Argona, con los nuestros, con los peludos, y, por consiguiente, ya sabes lo que es la miseria y el padecer. Hasta es posible que hayas estado herido...

FOGONERO.—Herido... *yes...*, en Saint-Mihiel... Obús... *cuik...*

La pierna y la mano... Hospital francés, bueno, muy bueno Grande reposo... ¡Oh, yo quisiera todavía estar herido!

LINDA.—¡Añorar eso! Cochino oficio debe ser el tuyo.

FOGONERO.—Mucho fatigoso... Trabajar en el fondo del vapor Yo no poder más... Todo negro siempre. Carbón por todas pa tes: en la piel, en la boca, en los ojos. Y no ver nunca jamás sol ...Todo negro, *closed* cerrado. El agua por encima de la c beza... Y el calor... ¡Oh, terrible! Y toda la lengua y la ga ganta y el estómago, todo lleno de carbón...

LINDA.—¿Y dura mucho tiempo tu viaje?

FOGONERO.—De Liverpool a Nagasaki: *sixti-fiw*... Sesenta cinco días. Para mí son sesenta y cinco noches eternas. ¡Siempr entre el carbón! Sólo ocho veces en dos meses y medio he vist la luz del cielo.

LINDA.—¿Y no puedes cambiar de oficio? Escoge otro más lim pio y en el cual puedas trabajar al aire libre, puesto que te gust ver la luz del sol... Vendedor de conchas en el muelle podías ser ¿Por qué eres tú fogonero?

FOGONERO.—Y *done't knovo*... Después de la guerra encontr este oficio. Yo necesitaba trabajar para comer... *Because*... L pierna destrozada y *also*... *(Enseñando una mano.)* Los dedo perdidos... *Yes*..., ahora yo no sé qué otra cosa podría hacer má que recoger carbón con la pala y echarlo en las calderas... Yo no sé hacer *nothing*..., nada. Yo soy solo. No tengo persona en e mundo que pueda pensar en mí... y sostenerme... y ayudarme para encontrar otra cosa... ¡Soy solo! *(Reclina su cabeza en las rodillas de Linda.)*

LINDA.—¡Pobre! *(Entra* HERMINIA *sin avisar, imprevistamente.)*

HERMINIA.—¡Oh! Dispensa... No había visto que tú...

LINDA.—¿Quiéres algo?

HERMINIA.—No. Estaba sola, aburriéndome, y venía para charlar un rato contigo. *(Señalando al Fogonero.)* ¿Qué le pasa a ése? ¿Quién es?

LINDA.—Un fogonero. El carbón, que le mata.

HERMINIA.—Lo creo. *(Al hombre.)* ¿Y eso le disgusta al señor?

te a beber un vaso de vino y no volverás a pensar en ello. jale por mi cuenta, Linda, y verás qué pronto le quito todas negruras...

LINDA.—*(Dulcemente.)* Déjale... Y dile tú al australiano que poco es muy divertida nuestra labor, pero como nos acostumamos a ella...

HERMINIA.—¿Es que tú crees que se puede cambiar? *(Linda eve la cabeza.)* Yo lo he intentado. Quise entrar de criada en a casa para estar más libre... *(Se sienta.)* ¿Y qué? Fuí primero ma agencia y allí me pidieron un certificado...

LINDA.—Podías haber "presentao" la hoja de la Prefectura de licía.

HERMINIA.—Pues sin necesidad de papeles entré a servir en a funeraria.

LINDA.—¿No te dió miedo?

HERMINIA.—¿De qué?

LINDA.—Yo que sé... De que se te aparecieran los muertos.

HERMINIA.—¿Los muertos? Esos, al menos, son los únicos que dejan en paz... La señora regañaba mucho... Pero, en fin, era a mujer, y por ese lado yo no tenía peligro... Pero lo que es señor... Yo dormía en una especie de camaranchón, que tamén servía de depósito para los ornamentos de los entierros de jo. No me sirvió de nada aquella vecindad tan triste... La seinda noche vino a buscarme el amo..., y el ama me echó a la lle...

LINDA.—¡Naturalmente!

HERMINIA.—Seguí mi tarea... Fuí criada de un estanquero, de ı ortopédico, y serví en una confitería... Cada vez tuve que dorir entre los utensilios del oficio, pipas y cajetillas, maniquíes de ra, moldes de pasteles... Y no te digo nada de los patrones... o me había empeñado en ser buena...

LINDA.—Se ve que te sobraba virtud.

HERMINIA.—Como sabía coser, alquilé un cuartito... *(Encogiéndose de hombros.)* Pero daban dos francos por camisa y tenía yo

que poner el hilo... No me tenía cuenta... Y como yo era bo
y algo coqueta...

LINDA.—Sentías tentaciones...

HERMINIA.—No te puedes figurar de qué, Linda. Estaba l
por tener una sombrilla... Una sombrilla japonesa con el p
de bambú... ¡Era preciosa! "No se preocupe usted por el pre
monada", me dijo el ama de la tienda. "Yo la encontraré a us
alguien que se la pague."

LINDA.—¡Sí que era insinuación!

HERMINIA.—Entonces entré en una perfumería con doscien
francos al mes y obligación de llevar vestido de seda negro. I
como un uniforme... Yo no podía sostener ese gasto y pedí
me subieran el sueldo. ¿Sabes lo que me contestaron? "Señori
si no le basta a usted un amante, tenga dos."

LINDA.—¡Cochinos! *(Sin cólera.)* Cochinos.

HERMINIA.—¡Y no tenía amante! Yo esperaba poder querer
un hombre con todo mi corazón, pero acabé jugando al amor c
uno, con dos, con todos...

LINDA.—¿Y sigues esperando querer con tu corazón?

HERMINIA.—*(Silbando.)* Eso ya es un lujo. ¡Un gran luj
(Pausa.) En fin, no sé si tú serás como yo, Linda; pero una
hace a todo. Y este oficio no es peor que otro cualquiera. Ter
mos una calle para nosotras, con el mar al fondo, que se ve d
de nuestra puerta; vemos llegar los buques; el peluquero n
trae montones de noticias; paliqueamos unas en casa de las otra
tenemos nuestros bailes de vez en cuando...

LINDA.—Nos echamos las cartas...

HERMINIA.—Bebemos una copita de rom, fumamos un cig
rrillo...

LINDA.—La felicidad, si no fuera por los hombres...

HERMINIA.—No estorban. Yo tengo un cliente que el día de
santo me trajo un ramito de mimosas... ¡Mimosas! Un rami
de mimosas. ¡A ní! ¿Tú te das cuenta? Te aseguro que ese d
talle me...

LINDA.—Es bonita la atención.

HERMINIA.—Eso... Y también algunas veces llega un tipo que gusta, no sabes por qué; un tipo que quisieras retener siempre nto a ti... y que te hace feliz un momento. ¡Un momento... liz!... *(Pausa. Mueve la cabeza como alejando un pensamien- y luego se levanta.)* ¡Ay, Linda! Me voy. Si siguiéramos así, sgranando nuestros recuerdos, me pondría de un humor de rros... Te dejo entregada a tus buenas obras. *(Saluda iróni- mente.)* Adiós, hermana. *(Al hombre.)* Oiga, hermanito, váyase beber y todo se le pasará... Y si no se le pasa con un vaso, bé- se dos... o cinco... Hay que ahogar la pena.

FOGONERO.—Ahogar, *yes,* ahogar...

HERMINIA.—Cuanto más se olvida, mejor se vive... Adiós. *(Con n gesto al Fogonero.)* ¡A olvidar! Nunca se puede ser feliz no se contenta uno con lo que tiene. *(Mutis.)*

LINDA.—¿Lo ves, galán? No estás tú solo entre el carbón. Com- endo que será muy duro el trabajo en las carboneras, pero y yo?... ¿Tú crees que yo trabajo por mi gusto? Mi oficio s el placer de los demás... *(El Fogonero se levanta cojeando. inda le mete unas naranjas en el blusón.)* Cada cual tiene sus narguras... Y todavía los hombres, sí, encuentran la compensa- ón: una mujer que les escucha y se conduele. Pero nosotras, s raro que en vosotros encontremos quien nos pague con la isma moneda... Pero bien está... ¿Te vas contento?

FOGONERO.—*I son't understan...* No entiendo bien todo lo que i dices... *But y say...* Pero sí comprendo que tú eres simpática onmigo y que tu corazón me ha hablado... Ha sido para mí en- antador oírte... Sonaba a música tu voz, y cuando has puesto n mano acariciando mi cabeza... *I thank you verimuch...* Yo te oy muchas gracias... *(La da un fuerte apretón de manos.) Good ye... (Y se marcha cojeando.)*

LINDA.—*(Un poco aturdida.) Good bye!*

(El Fogonero se ha ido; pero vuelve en seguida. Saca de un olsillo una piedra de cuarzo y la pone sobre la mesa.)

FOGONERO.—¡Para ti!... Es una piedra preciosa. *At* Colombo a he encontrado entre el carbón. El primer maquinista querer

comprarla a mí; yo no querer venderla a nadie... *Because...* E tre lo negro, la piedrecita brilla. Yo la miraba, y era como u luz. ¡Y ha sido para mí solo!... Siempre guardarla en mi bo sillo... Es..., es un *porte-bonheur...* Eso es... ¡Para ti! *Ve good.* Es una esperanza para tu... redención. *Porte-bonheur, y*

LINDA.—Pues si es un *porte-bonheur,* guárdatelo... No te de prendas de él...

FOGONERO.—No... Yo, *finished, finished...* Yo no poder má *Finished...*

LINDA.—Esas bromas, no, ¿eh? Bromas de ese género, no. *(. hombre se va rápidamente. Ella le sigue un momento con l ojos; después coge la piedra y va con ella hacia la cama.)* ¿U luz? ¿Mi redención? *(Moviendo la cabeza.) ¡Finished, finishe (Cae sobre la cama y llora, mientras baja el*

TELON

ACTO TERCERO

SÉPTIMO CUADRO

LINDA *y* FIFINA, *ésta un poco cambiada, un poco coqueta. Es mediodía y está corrida la cortina.*

LINDA.—*(Sentada y haciendo su crochet.)* Hace tiempo que no enías a verme. Notaba ya la falta de tus visitas.

FIFINA.—*(De pie.)* Mi mamá cogió un catarro en el puerto, he tenido yo que cuidar de mis hermanitos.

LINDA.—¿Se ha curado ya tu mamá?

FIFINA.—Está mejor, pero no bien del todo... También la ayudo a llevar los canastos.

LINDA.—Y tus hermanitos ¿cómo están?

FIFINA.—Creciendo.

LINDA.—¿Y tú?

FIFINA.—Como ellos, creciendo también. *(Con ademán de irse.)*

LINDA.—No te vayas tan pronto. ¿Es que te han prohibido venir aquí?

FIFINA.—No digo nunca a nadie lo que hago.

LINDA.—*(Mirando con fijeza a la chica.)* ¿Pero qué es e Fifina? ¿Qué te pasa?

FIFINA.—¿A mí?... Nada. ¿Qué quiere usted que me pase?

LINDA.—No lo sé. Por eso te lo pregunto... ¿Te ha pega tu padre?

FIFINA.—No mucho más que lo de costumbre.

LINDA.—¿Quieres merendar?

FIFINA.—No tengo gana.

LINDA.—¿Estás enferma?

FIFINA.—*(Mirándose rápidamente en el espejo.)* ¿Es que te go mala cara?

LINDA.—No. Pero te noto que estás cambiada... Es posible qu todo se deba a que vas arreglada de otro modo.

FIFINA.—¡Ah, sí!... Me he cortado el pelo.

LINDA.—¿Quieres parecer ya una mujer?

FIFINA.—*(Estirándose y presumida.)* Tengo quince años...

LINDA.—Es verdad. Eres una mujercita... Y presumes de ador nos... *(Fifina da media vuelta como para irse. Pausa.)* ¿Fifina

FIFINA.—*(Volviéndose.)* ¿Qué?

LINDA.—Mírame... *(Con dulzura.)* ¿Cómo se llama él?

FIFINA.—*(Defendiéndose débilmente.)* ¿Qué es lo que uste piensa?... No vaya usted a creerse que...

LINDA.—Déjame verte los ojos... Sí... Tienes suerte. Yo, tu edad... *(Gesto de desdén.)* ¿Le conoces hace mucho tiempo

FIFINA.—Es el hijo de la señora Grinda... Ya le conoce us ted... Hemos jugado, persiguiéndonos por los muelles con los otros chicos..., y Alberto es el más valiente de todos y el más fuerte. *(Riendo.)* Ayer tiró a tres al agua...

LINDA.—*(Moviendo la cabeza.)* ¡El más fuerte!... Sí...

FIFINA.—¿Y ágil?... Hay que verle subir por las escalas de los buques... Pasa del barco al muelle por las amarras, se columpia en las cadenas de las anclas... Es igual que un mono.

LINDA.—Y además de todas esas habilidades que luce, ¿es agraciado de rostro?

FIFINA.—¡Oh!... Sí. ¡Tiene unos ojos!... Unos ojos muy ra-os. Cambian según las cosas que piensa.

LINDA.—Cuando mira a Fifina, ¿cómo son sus ojos?

FIFINA.—Según... Depende de lo que quiera de mí.

LINDA.—¿Pide mucho?

FIFINA.—No lo necesita.

LINDA.—Seguramente... Tú se lo ofrecerás antes... ¿Es cari-oso o tirano? Brutal, quiero decir.

FIFINA.—Le gusta que se le obedezca.

LINDA.—¿Y a ti te gusta obedecerle?

FIFINA.—No me desagrada que mande. Ese es su papel.

LINDA.—Más vale que lo creas así... ¿Le ves con frecuencia?

FIFINA.—Paseamos juntos... Nos escondemos en la cala de los barcos de naranjas, llevamos las maletas de los pasajeros de los transatlánticos...

LINDA.—¿Y es eso todo lo que hacéis?

FIFINA.—Todo... *(Sonriendo.)* Nos divertimos...

LINDA.—¿Y no se ha propasado nunca?

FIFINA.—*(Burlona.)* ¿Cómo?

LINDA.—Quiero decir que si no es atrevido contigo... ¿Te besa?

FIFINA.—*(Con fuego.)* ¡Ah, eso sí!... Nos besamos... *(Con un largo suspiro de gozo.)* ¡Nunca hubiese creído que eran una cosa tan buena!

LINDA.—Te agradan, ¿eh?

FIFINA.—Sobre todo en el cuello... ¡Por eso me corté el pelo!

LINDA.—¡Golosa!

FIFINA.—Yo vi una vez cómo le clavaban a un hombre un puñal entre los hombros, y se quedó... *(Mímica de inmovilidad y con la boca abierta. Tocándose la nuca.)* Cuando Alberto me besa aquí, me pasa lo que al de la puñalada: no me puedo mover.

LINDA.—*(Con el relámpago de un recuerdo.)* Es verdad... *(Fifina se levanta bruscamente.)* ¿Te vas?... Yo también, a tus años, tenía prisa.

FIFINA.—Me espera junto al transbordador, con una barquita... Sabe remar muy bien... *(Con gestos.)* Una, dos y... largo. Esta

noche dejará la canoa en tierra, fuera del puerto, y pescaremo a la luz de una linterna en los agujeros de las rocas.

LINDA.—Desconfía...

FIFINA.—No hay carabineros por ese lado.

LINDA.—Poco importan los carabineros. ¡Ay, pequeña, pequeña así suceden las cosas!

FIFINA.—*(Socarronamente.)* ¿Qué?

LINDA.—Que está oscuro, que hace calor, que estais solos, qu una se abandona...

FIFINA.—*(Agriamente.)* ¿Y qué?

LINDA.—Después de todo, no soy yo la que debe predicarte moral. *(Con un dedo en el aire y cabalísticamente.)* "Se ve con más frecuencia un cielo sin nubes, que una doncella a quince años." Y si te gusta Alberto...

FIFINA.—¡Me gusta como no se lo puede usted figurar! ¡Si yo no volviese a verle!... Mire usted, mi casa y el Paraíso no pueden ser dos cosas más distintas, ¿verdad? Pues desde que Alberto y yo somos novios, ni me importa no comer, ni acostarme en el suelo, ni que me peguen... Pienso en él, y todo para mí es el Paraíso.

LINDA.—Cada cual tiene su gloria en el corazón, y el resto...

FIFINA.—¡Tengo un miedo de que me lo quiten!... Esa Luciana, o Marión...

LINDA.—¡Estaría bueno, pichoncita!

FIFINA.—¡Pues si viera usted cuando Alberto se tuerce la gorra, las mira y las deja con un palmo de narices!...

LINDA.—Eso es porque tú le gustas mucho.

FIFINA.—¡Digo!...

LINDA.—Fifina, aprovéchate ahora, y anda, vete; vete, que te espera... Escapa, corre...

FIFINA.—Hasta otro día... Y estoy muy contenta de haberle contado a usted... Ya comprenderá que...

LINDA.—Hace tiempo sí lo hubiera comprendido... *(Reteniendo a Fifina con el gesto.)* Ven a verme mañana... Es posible que pueda darte un buen consejo.

FIFINA.—Gracias por anticipado. *(En el umbral de la puerta y n pasión.)* ¡Si usted supiera cuánto me gusta mi Alberto! Es i primer amor.

LINDA.—*(Un poco emocionada.)* Aprovéchate bien, Fifina..., y) te arrepientas de nada. Estos son los buenos recuerdos que ıardarás para más adelante. *(Fifina vase para quedarse apoya- ı en la parte exterior de la ventana. Linda se queda entre la ntana y la puerta, diciendo, en un vago retorno hacia el pasa-).)* Yo también los guardo... ¡Pero están ya tan lejanos¡ *(Que- a inmóvil, con el ceño fruncido. En el umbral, levantando la ortina de la puerta, está* NOSTRAMA. *Su cara fofa, su peinado, n detalle del vestido, una actitud, deberán sugerir inmediatamen- e, como una proyección en el futuro, la imagen de Fifina ya ıarchita. Importa mucho que el público tenga, por impresión vi- ual inmediata, la sensación de que Fifina, Linda y Nostrama on la misma mujer galante, en tres épocas de su vida.)*

NOSTRAMA.—Oye, Linda, ¿tú no sabes? Estoy desde esta maña- a buscando, buscando, y no me puedo acordar del nombre de ni primer amor... ¡Que no lo encuentro, ea!... Es gracioso, verdad? *(Mutación.)*

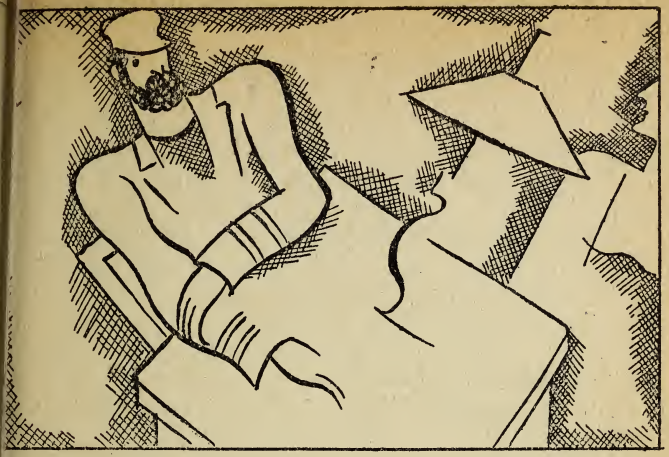
TELÓN CORTO

(Por delante del telón pasa FIFINA, *del brazo de* ALBERTO, *hacia el cual levanta ella su cara, enamoradísima, mientras la v diciendo.)*

ALBERTO. Vámonos juntos los dos
bajo aquellos tamarindos,
viendo a nuestros pies el mar,
tan inquieto y fugitivo.
Entre el verdor de las ramas
hará nuestro amor su nido,
y en tus ojos, luz y sombra,
veré el mar y el cielo unidos.

FIFINA. No te olvidaré jamás;
soñaré siempre contigo,
y yo seré tuya siempre,
aunque tú no seas mío...

(Alberto y Fifina siguen su camino enlazados. Se alza el telón para el octavo cuadro.)



OCTAVO CUADRO

LINDA, UN CONTRAMAESTRE DE LA FLOTA *y* EL MORO DE LOS TAPICES.

(LINDA *está sentada en la cama.* EL CONTRAMAESTRE, *que es un hombre robusto, gallardo y con barba, sentado en el centro de la escena mira a Linda fijamente, obstinadamente. Se adivina que busca en ella rasgos y detalles que le son conocidos.)*

LINDA.—Bueno, ¿y por qué me miras así? Parece que acabas de caer de la luna. A ver, explícate... Muévete... Habla...

EL CONTRAMAESTRE.—¿Hace mucho tiempo que vives aquí?

LINDA.—Pronto hará tres años.

EL CONTRAMAESTRE.—Tres años... ¿Y de dónde viniste tú?

LINDA.—*(Vacilando y mintiendo.)* De París.

EL CONTRAMAESTRE.—¡Ah!... ¿No sales nunca?

LINDA.—¿Lo preguntas por llevarme a tu barco?

EL CONTRAMAESTRE.—Me gustaría saberlo.

LINDA.—Pues salgo hasta la fuente, voy a hacer la compra el barrio, me alargo hasta el puerto... A veces voy al Hospit para ver a alguna compañera. *(Emocionada muy fugitivament* Un buen día faltó poquísimo para que me fuera al campo, lejos.

EL CONTRAMAESTRE.—*(Rápidamente.)* ¿Tú no eres de pueblo

LINDA.—*(Sin hacer caso.)* Ordinariamente salgo poco de casa.

EL CONTRAMAESTRE.—Se comprende.

LINDA.—*(Provocadora.)* Sigue preguntando, anda. ¿Te has e gañado con la mercancía?

EL CONTRAMAESTRE.—*(Viendo el canario.)* ¿Te gustaban ant los pájaros?

LINDA.—¿Antes?

EL CONTRAMAESTRE.—Quiero decir... *(Decidiéndose.)* ¿De qu pueblo eres?

EL MORO DE LOS TAPICES.—*(Asomando la cabeza por la cortina.* ¿Quieres un tapiz, musiú?... ¿Ti molesto?... Ti no tienes prisa *(Entra y saluda militarmente.)* Buenos días, musiú Capitán, ¿no No. Sé que ti no tienes prisa. *(Habla con volubilidad.)* Ti quie res un tapiz para ti ponerte de rodillas dilante de la bella señora? *(Enseñando sus mercancías.)* Este es suave... *(A Linda,* cómo una piel de gato... Sí, sí. *(Ríe.)* Este piquiñito es para hacer oración ante el buen Dios... ¡Hi, hi! Este otro es magnífico para revolcarse sobre él... *Zaghlaul el arb fatin'ortek,* ¡Hi, hi!

EL CONTRAMAESTRE.—Morito, no tienes diez céntimos de sesos en la cabeza.

EL MORO.—No, musiú Capitán; li pobre moro no tiene seso ninguno; li pobre moro apenas sabe ser vendedor... Siempre sale robado li pobre moro... Li tapiz no es nada caro: cien francos, cincuenta y veinte...

LINDA.—Ese encarnado, pequeño, es bonito.

(El Contramaestre le da un billete al Moro.)

EL MORO.—¡Oh!... Musiú Capitán, no es posible. Mejor ti li

y por nada. Lo juro por tu cabeza... ¡Cinco francos!... No es sible. Moro no es un ladrón. Das cinco francos; ti ves que muy bonito... Vaya, dame diez francos. No gano nada con él; ro ti li doy por complacer a la señora. *(Envía un beso, con s dedos, a Linda.)* Ella ti hará muchas caricias. ¡Hi, hi! Ti rá conocer el Paraíso... ¡Uyuyui!

EL CONTRAMAESTRE.—*(Paga y echa el tapiz a los pies de Lin-a.)* ¡Ya puedes largarte, moro!

EL MORO.—*(Recogiendo sus tapices.)* Ti has escogido bien, mu-ú... Esta mujer es la más guapa di toda la calle.

EL CONTRAMAESTRE.—Arre, arre...

EL MORO.—Pero para mí *(Señalándola.)* li es muy vieja.

LINDA.—En tu país de sol las cogéis más verdes... ¿De ocho ños? ¿De nueve años?

EL MORO.—En mi país de sol ti tendrías la edad de mi abuela.

EL CONTRAMAESTRE.—Pues aquí, desconfía, si tienes que ir a er al Comisario con una menor... Es asunto grave...

EL MORO.—Bien contento se pondría li señor Comisario. ¡Uyu-uyuí! *(Mutis.)*

LINDA.—Es más charlatán que una bartavela.

EL CONTRAMAESTRE.—*(Incorporándose de pronto.)* ¿Qué has dicho?... Repítelo... Esa no es una palabra de París. Bartavela... Ni de esta tierra tampoco. *(La coge por las muñecas.)*

LINDA.—*(Pretendiendo desasirse.)* ¿Qué repente te ha dado?... Bartavelas... Así es como llaman a las urracas en mi tierra.

EL CONTRAMAESTRE.—En nuestra tierra. *(Escudriñando su cara y sin soltarla. Linda, ni parpadea siquiera.)* ¿No me reconoces? Soy Víctor, ¿eh?... ¿No te dice nada este nombre? ¿Tanto he cambiado?— Pues por culpa tuya ha sido, Fanny...

LINDA.—Yo no soy Fanny.

EL CONTRAMAESTRE.—*(En la misma actitud.)* ¿Tú no eres de la Costa, de Iser?... ¿Tú no te escapaste del pueblo, hace diez años, con el hijo del tío Boyú?... ¿Eh?... ¡Atrévete a negarlo! ¡Miente, si puedes!

LINDA.—No sé de qué hablas. *(Desasiéndose.)* ¡Bruto! *(Pausa.)*

EL CONTRAMAESTRE.—Perdona, pero... No, no... No cabe err posible... ¡No me equivoco!... Te he conocido a pesar de... luego, esa palabra: bartavela...

LINDA.—Hay muchas tierras donde se habla el mismo lenguaj

EL CONTRAMAESTRE.—¿Y hay también muchas mujeres que ti nen la misma voz?... A ver, habla... Habla seguido... Teng muy guardada aquí dentro, en mi alma, tu voz. *(Linda se enc ge de hombros y no contesta.)* Escucha... Di solamente mi nom bre, Víctor..., para comparar.

LINDA.—Si te divierte hacer castillos en el aire...

EL CONTRAMAESTRE.—Vamos, dilo... *(Cierra los ojos para oí mejor.)*

LINDA.—*(Sin timbre en la voz.)* Víctor...

EL CONTRAMAESTRE.—*(En la misma actitud.)* Dilo otra vez.

LINDA.—*(Igual que antes.)* Víctor...

EL CONTRAMAESTRE.—*(Despistado.)* No, no es... *(Pausa.)* ¡Qué raro, qué raro! Y, sin embargo... Escúchame; no tengas miedo alguno, que no voy a vengarme ni quiero hacerte mal de nin guna clase... ¡Pero confiesa, confiesa que eres tú!

LINDA.—*(Con firmeza.)* ¡Yo no soy Fanny!... ¡Yo no conozco a Fanny!... Y deja en paz a Fanny donde esté.

EL CONTRAMAESTRE.—Conformes. ¡Me he equivocado, pero el parecido no puede ser mayor! *(Pausa.)*

LINDA.—¿Me parezco a tu paisana?

EL CONTRAMAESTRE.—Tanto, que la he vuelto a ver como era ella: su cara, su modo de reír o de... enfadarse. Como lo has hecho tú hace un momento: ¡irguiendo la cabeza fieramente!... Era muy altiva, y eso fué lo que la perdió.

LINDA.—Acaso no haya que acusarla a ella sola.

EL CONTRAMAESTRE.—No acuso a la pobre... En el fondo, no era mala; un poco... *(Se sienta.)*

LINDA.—La pervertirían...

EL CONTRAMAESTRE.—También hubo algo de culpa por mi parte. Fuí torpe con ella. Paliqueaba con ella sólo por pasar el rato.

LINDA.—Haberla hablado con franqueza.

EL CONTRAMAESTRE.—Sí; posiblemente la hubiese retenido a mi lo el saber que yo la quería con toda mi alma, ¿eh? *(Pausa.)* :h, qué te parece?

LINDA.—*(Encogiéndose de hombros.)* Es posible. Claro que las venes pueden ser sensatas. ¡Depende de tan poco que se in- nen a un lado o al otro!

EL CONTRAMAESTRE.—Hoy ya no tiene nada de eso importancia. 'anny!... Las veces que he repetido este nombre, sólo para corazón...

LINDA.—¡Demasiado tarde!

EL CONTRAMAESTRE.—Ella no hubiera podido vivir nunca como a campesina.

LINDA.—Duro trabajo es el de la tierra. *(Se mira las manos.)*

EL MORO.—*(En la ventana.)* ¿Ti no quieres comprar otra cosa, ısiú Capitán? Tengo tarjetas postales con musiús y madamas snudas. ¿Li quiere verlas?

EL CONTRAMAESTRE.—*(Violentamente.)* ¡Largo de ahí!

EL MORO.—*(Sonriendo.)* ¡Uyuyui! Ti volveré. *(Vase.)*

(El Contramaestre se levanta y se dispone a irse. Pausa.)

LINDA.—¿Y los padres de la chica?

EL CONTRAMAESTRE.—Se apenaron mucho..., pero no tanto mo yo.

LINDA.—¿Tú la esperaste? ¿Creíste que volvería?

EL CONTRAMAESTRE.—Un atardecer..., a lo lejos, creí que era la, y corrí a su encuentro... ¡Pero se me perdió!

LINDA.—¿Qué la hubieses dicho?

EL CONTRAMAESTRE.—La hubiera estrechado en mis brazos.

LINDA.—¿Para guardarla junto a ti?

EL CONTRAMAESTRE.—Ya la había perdonado mi corazón. Po- amos haber vivido juntos, tener hijos, y en vez de eso... *(Pau- .)* ¡Verla aquí!... No te molestes. Ahora me doy cuenta. Fan- y era más...

LINDA.—Lozana.

EL CONTRAMAESTRE.—Tenía también la voz más...

LINDA.—Pura..., más cristalina.

EL CONTRAMAESTRE.—Y los ojos...

LINDA.—*(Cínica y dolorosa.)* Menos encanallados.

EL CONTRAMAESTRE.—También se peinaba de otro modo... Las crenchas sobre la frente y la trenza retorcida aquí detrás. A pesar de todo, te pareces mucho a ella, hasta el punto de confundiros. No te digo más... Puedes comprender que, al equivocarme yo...

LINDA.—*(Inclinando la cabeza.)* Lo comprendo.

EL CONTRAMAESTRE.—Eres muy amable. Me has escuchado como si el asunto pudiera interesarte, y no quiero que pierdas tu tiempo por culpa mía. *(Saca un billete del bolsillo y se lo da a Linda.)*

LINDA.—No.

EL CONTRAMAESTRE.—¿Cómo que no? *(Deja el billete en el poyo de la ventana y luego se va hacia la puerta.)*

LINDA.—¡Fanny no se lo ha ganado!

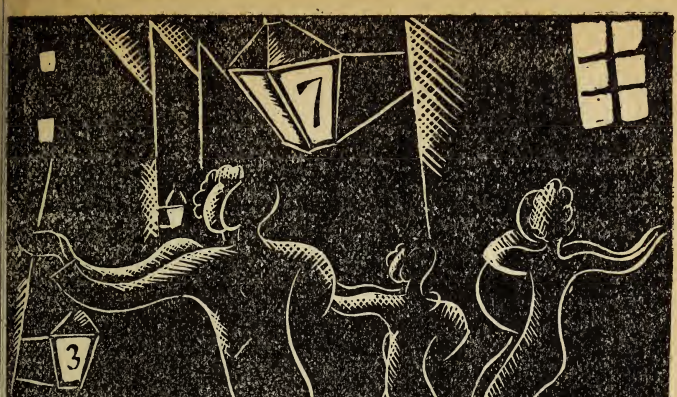
EL CONTRAMAESTRE.—*(Casi en la calle.)* ¿Dónde está Fanny?... ¿Qué hace? *(Volviéndose a Linda.)* ¿De veras?... ¿Tú no te acuerdas?... Tampoco te acuerdas del día de la fiesta, en la última primavera, antes de que... *(Linda empuja la puerta contra él.)* Iba vestida de blanco, igual que una novia va al altar... *(Linda cierra la puerta bruscamente.)*

LINDA.—*(Sola, se dirige al espejo y se mira; después levanta los brazos hasta su peinado.)* Dos crenchas sobre la frente... La trenza retorcida aquí detrás... *(Queda inmóvil, mirando fijamente al espejo.)*

EL MORO.—*(Entrando.)* Di, madama... Di, ¡eh!... Di, madama; yo ti compro li tapiz... Cinco francos. ¡Oh! No vale mucho más... ¿Que añada tres francos?... Cinco y tres, ocho... Ocho francos te doy..., pero por ti y por li tapiz... *(El mismo hace correr la cortina de la puerta.)* ¡Uyuyui! *Zembal'hara ka ur aanfoud ebel... (Y mientras el moro dobla cuidadosamente el tapiz, Linda, maquinalmente, prepara la cama. Mutación.)*

TELÓN CORTO

(Se oye en seguida, detrás del telón, la música de un baile
medio de la calle, a los acordes de un organillo que toca La
lse brune (El vals apache). *Delante del telón se enciende la*
terna. Todas las mujeres galantes, menos Linda, pasan y se
trecruzan valseando, sea entre ellas o con los otros personajes
la obra. Animación silenciosa, como un baile de sombras bajo
a luz color de sangre. Las parejas van desapareciendo poco
poco. Cuando se alza el telón para el noveno cuadro, continúa
éndose el rítmico deslizamiento de los pasos y el son nostál-
co y sensual de La valse brune.)



NOVENO CUADRO

(Tres hombres en el cuarto de Linda, que está ausente. Estos tres hombres son: Un barman de transatlántico, INDÚ, *vestido de blanco, con turbante del mismo color.* UN DESCARGADOR DEL PUERTO, *que lleva camiseta a rayas azules y blancas, faja encarnada y boina pequeña, negra. Y* UN GUITARRISTA, *joven y bien vestido. El Indú y el Descargador están jugando a los dados en la mesa iluminada por la lámpara. El Guitarrista, sentado en el poyo de la ventana, va acompañando, con unos acordes apagados de su guitarra, el baile invisible.*

El Indú agita los dados en los cubiletes de cuero, abocados el uno al otro, con sacudidas rítmicas. Los gestos del Indú tienen la precisión meticulosa de un manipulador de cock-tails. *Su voz es un poco cantarina.)*

EL DESCARGADOR.—*(Medio borracho.)* Este golpe decide, y no hay necesidad de sacudir tanto... La suerte es la suerte. *(El Indú vuelve el cubilete de los dados y el Descargador cuenta*

los puntos.) ¡Pan, pan!... Seis y seis, doce. ¡Buena jugada! Pa ti la hembra.

EL INDÚ.—Si tienes interés por ella...

EL DESCARGADOR.—*(Encogiéndose de hombros.)* Ella u ot cualquiera, ¿qué más da? ¿A mí qué me importa? La rubia, morena, la castaña, la pelirroja..., para mí son carreta y comp ñía: las mismas varas y lo único que cambia es la burra.

EL INDÚ.—Cuando bebes no tienes preferencias, ¿verdad?

EL DESCARGADOR.—Sí... Prefiero que los vasos sean grandes Pero blanco, tinto, verde o amarillo..., con tal de que no sea lic de ranas... *(Golpeándose el vientre.)*, que echen lo quieran. I todos colores entrará aquí esta noche... Y voy a decirte una co buena...; dos cosas buenas te voy a decir: para la bebida lo ir portante es llegar a estar borracho con lo que sea... Y para l mujeres, lo esencial es que uno encuentre su satisfacción con r importa cuál, con la que sea. Ya lo sabes. Las mujeres no sc de uno nunca... *(Cesa la música dentro. Se oyen voces, que d cen:* Más... Más... *Un momento de silencio y en seguida vuel a oírse la misma música.* LEA, IRMA *y* ALFONSINA, *un poco de peinadas, entran bailando.)*

IRMA.—*(Al Descargador.)* ¡Eh, tú! ¿Para qué gastas tan saliva? No vas a tener con qué escupirte las manos. ¿Y cón te las vas a arreglar entonces para descargar los barcos? *(L se pone a hablar con el Guitarrista y Fonsina con el Indú.)* ¿Qu estabas diciendo?

EL DESCARGADOR.—Que las mujeres no valen las cuatro pat de un perro.

IRMA.—*(Pegándose a él.)* Ven a decirme eso los dos solitos.

EL DESCARGADOR.—¿Tienes allí algo que beber?

IRMA.—Si tú convidas...

EL DESCARGADOR.—Vamos. Tengo más sed que una esponj *(Al Indú.)* ¿No te da envidia, amigo?

ALFONSINA.—*(Al mismo.)* ¿No vienes a tomar algo con nos otras?

EL INDÚ.—*(A las dos.)* Gracias. Voy a esperar a la mujer de aquí, puesto que la he ganado.

EL DESCARGADOR.—No tienes obligación, si no quieres esperarla.

ALFONSINA.—¿A quién? ¿A Linda? Ha ido hasta el recodo del puerto acompañando a Ernesto. *(Al Indú.)* Haces el indio auténtico... esperando.

IRMA.—*(Arrastrando al Descargador.)* Vámonos, que nosotros no somos de aquí. ¿Tú sabes bailar?

EL DESCARGADOR.—Como un trompo. *(Se van bailando grotescamente al compás de la música de la calle.)*

ALFONSINA.—*(Rodeando, con sus brazos, el cuello del Indú.)* ¿Te vas a estar aquí de centinela? Ven a mi casa, sólo un momento... Seré muy amable contigo. *(Cesa la música.)*

LEA.—*(Acercándose.)* ¿No te da vergüenza, *Fonsina,* de quitarle el cliente a Linda? ¿Qué nombre tiene esa acción?

ALFONSINA.—Lo primero es que éste no es su cliente.

LEA.—*(Al Indú.)* ¿Tú no conoces a Linda? *(El Indú hace un signo negativo con la cabeza.)* ¿No has estado aquí nunca?

EL INDÚ.—Hoy entro aquí por primera vez.

ALFONSINA.—¡Ah!

LEA.—¿Te ha mandado algún amigo que la conoce?

EL INDÚ.—¡Nadie!

ALFONSINA.—¿Lo ves?

EL INDÚ.—Ahora mismo acabo de saber su nombre... Linda han dicho que se llama, ¿no?

ALFONSINA.—Pero el verdadero será María Dubois o Julia Dupont. Así, clarito.

EL INDÚ.—¿Entonces, la llaman Linda porque es... bonita?

ALFONSINA.—Como yo, poco más o menos.

LEA.—Es una alta..., rubia, con la piel muy blanca.

ALFONSINA.—Fuera de eso, lo mismo que todas nosotras.

EL INDÚ.—¿Dónde está esa mujer?

LEA.—Ha pasado la tarde con su amigo, que es un soldado, y como a ella le gusta guardarle atenciones...

ALFONSINA.—Esto va para largo. *(Con gachonería.)* ¡A la d posición de usted!

LEA.—Que le dejes, te repito... Hay hombres de sobra... V monos. *(Obligándola a seguirla.)*

ALFONSINA.—*(Dejándose llevar, al fin.)* Conste que si no pes a alguno esta noche, me pagas tú el bistec mañana. *(Al pas por delante del Guitarrista.)* ¿A éste tampoco se le puede tocar? ¡Pues sí que es acaparadora! *(Se van las dos.)*

LEA.—*(Ya en la calle.)* Mejor para ella. Vamos, mujer; que encontrarás árbol donde ahorcarte. *(Aparece en el umbral un segundos después.)* Oye, negro; si Linda no vuelve..., vente catorce. *(Se va rápidamente. El Guitarrista se acerca a la mes tocando los últimos compases de la* Valse brune. *Desde este mo mento, todo lo que hace y dice el Indú está lleno de insinuacione y de reticencias.)*

EL GUITARRISTA.—¿Tú conoces a la mujer de aquí?

EL INDÙ.—*(Va a cerrar la puerta para que los ruidos de l calle se amortigüen.)* La conozco algo... Un poco..., mucho...

EL GUITARRISTA.—Apasionadamente...

EL INDÚ.—*(Sonriendo.)* No del todo.

EL GUITARRISTA.—Pero, en fin, ¿lo bastante para parecerte qu debe uno molestarse en venir a verla?

EL INDÚ.—Desde muy lejos.

EL GUITARRISTA.—Vamos a tener que pelearnos a ver quié se la lleva.

EL INDÚ.—Te la juego, si quieres. *(Agitando los cubiletes.)* ¿Martini seco?... ¿Cock-tail de Ginebra?... ¿Manatham?...

EL GUITARRISTA.—¡Maniático! Siempre te crees estar a bordo detrás de tu mostrador.

EL INDÚ.—Y tú delante de tu *jazz.*

EL GUITARRISTA.—¿Cuando reembarcamos? Yo en tierra me mareo. *(Se sienta.)* Esto va a ser un cock-tail de sorpresa; pero no valdrá lo que tu sving-cock-tail. *(Hace el gesto de un puñetazo.)* Al primero, sientes un vértigo... Al segundo, ya ves un poco

ás claro... Al cuarto y al quinto—rica invención tu cock-tail—, do es diáfano, sencillo, fácil... La vida es bella...

EL INDÚ.—Todo parece posible, ¿verdad?

EL GUITARRISTA.—¿Con qué lo compones?

EL INDÚ.—*(Con gestos profesionales.)* Hielo machacado..., kum-el..., cognac..., jarabe de ajenjo..., curaçao blanco y angostura... gitar..., verter..., una rodajita de limón y dos pajas.

EL GUITARRISTA.—Lástima que no hayas traído el aparato; hu-iéramos convidado a la potrita. *(Cantando, con música de la Habanera, de Danderff.)* "Ven, ven junto a mí—que te haré eber cosas muy ricas—ven... Da-ta-ta..., de-ta-da." *(Hablado.)* Estás seguro de que vendrá?

EL INDÚ.—Ten paciencia... La habrán entretenido...

EL GUITARRISTA.—*(Con guasa.)* En el baile del Almirantazgo.

EL INDÙ.—Acaso. Aquí o allí, donde esté, siempre es ella.

EL GUITARRISTA.—Cualquiera, oyéndote, diría que no es una nujer *(Señalando la calle.)* como esas otras.

EL INDÚ.—¡Quién sabe!

EL GUITARRISTA.—¿Pero no lo sabes tú?

EL INDÚ.—Es posible.

EL GUITARRISTA.—Explícate, entonces. ¿Es rubia? ¿Morena?

EL INDÚ.—Ya lo verás. Vámos a jugárnosla. *(Moviendo los cubiletes.)* El que pierda, la gana, y el que gane, la deja.

EL GUITARRISTA.—Entendido. Pero no es eso lo natural.

EL INDÙ.—Una mujer... el que la deja ha ganado algunas veces.

EL GUITARRISTA.—Pues déjamela, sin jugar.

EL INDÙ.—A ésta, no.

EL GUITARRISTA.—¿Y por qué ésta no?

EL INDÚ.—Cada cuál debe arriesgar su suerte. El azar no se engaña nunca. *(Agita los cubiletes.)*

EL GUITARRISTA.—Pero puede engañarse al azar. Enséñame los dados.

EL INDÚ.—*(Abriendo la mano.)* Estate tranquilo. Esto no es el *poker* de ases del "Oceanic". *(Agitando los cubiletes.)* Hielo ma-

chacado..., brandy..., jugo de piña..., marrrasquino..., angostu
(Volcando los dados.) Cinco y cuatro, nueve.

El Guitarrista.—Ahora yo; venga. *(Agita los cubiletes. E
en la mesa los dados y mira apresuradamente.)* Tres y dos... ¡
perdido!

El Indú.—¡Yo he ganado!

El Guitarrista.—Ahora sabré a qué atenerme. *(Vuelve a
ger la guitarra.)* Han debido engañarme.

El Indú.—¿Quién? *(El Guitarrista toca unos acordes.)* Te co
pro lo que acabas de ganar.

El Guitarrista.—¿Caro?

El Indú.—Ponlo precio.

El Guitarrista.—*(Toca el estribillo de "Indostán".)* ¿Tan bu
bocado es la criatura? Di algo de ella para abrirme el apetito.

El Indú.—Un inglés se la trajo a Europa y la instaló en Ni
Entre dos viajes del "Oceanic", yo hice uno a la Riviera, y a
en "La Belle Frutière"..., ¿no conoces ese bar?... ¡Ah! Pues
un bar, todo cubierto de maderas color amaranto, donde los se
vicios son de plata... *(Con sus gestos habituales.)* Hielo mach
cado...

El Guitarrista.—¡Basta de cock-tails! Háblame de la muje

El Indú.—Se ve que empieza a interesarte. Pues allí la vol
a ver una noche de *veglione*. La trajeron, completamente desnud
en una bandeja y rodeada de rosas rojas, como si fuesen de fueg

El Guitarrista.—De rosas encendidas. *(Toca en la guitar
el estribillo de "Indostán".)*

El Indú.—Ella arrojaba las rosas a los hombres... Si hubier
visto a los gentleman de frac, peleándose a botellazos de chan
pagne, para acercarse a ella, para tocarla... Ella les sonreía
todos; pero me había reconocido, y fuí yo el que marchó co
ella a la madrugada. *(Pausa. Calla la guitarra.)*

El Guitarrista.—*(Después de una pausa.)* Se llama Lind
¿verdad?

El Indú.—*(Súbitamente misterioso.)* En la India su nombr
era Maya.

El Guitarrista.—Maya... ¿Es que ese nombre quiere decir lguna cosa?

El Indú.—No se sabe bien.

El Guitarrista.—¿No se llama así una araña de mar, que vive ntre las algas?

El Indú.—En algunas partes quiere decir María. Y en otras, Madre del Deseo; y en otras, Hermana de la Mentira, del Engaño... También Maya quiere decir la Apariencia. Ya lo sabes. Jno se cree que las cosas son así, y después son de otra manera. Apariencia, ilusión. Eso es: poder de la ilusión sobre todo. *(Gestos profesionales.)* Ilusión..., ilusión..., ilusión..., ilusión. Cock-ail-Maya. ¡El señor está servido!

El Guitarrista.—¿Es bella?

El Indú.—Maya también quiere decir: Bella como la descripción de un libro. *(Pausa.)* Y cuando ella baila... Yo la he visto allá, en la cubierta de la casa-barco, a la luz de la luna, haciendo sonar una gran pandereta, así... *Dung-da-da, dung-da-da, dung-da-da...* Escucha. *(Golpea con las manos sobre la mesa el ritmo del pandero, sin dejar de hablar; el Guitarrista le acompaña, cantando a media voz y con la mirada perdida.)* Ella daba vueltas y más vueltas. Levantaba los brazos hacia la luna, como si pretendiera hacerla bajar... Los tendía hacia el bosque..., hacia el río, como si quisiera atraer a todo lo viviente... Ya verás sus cabellos, cuando vuelan alrededor de su cabeza... Y sus piececitos... Y gira y torna y vuelve a girar. *(Acelera el ritmo de los golpes sobre la mesa.)* Es un faro intermitente: blanco de los ojos, blanco de los dientes, blanco de los ojos. Al pasar te mira a través de sus cabellos... Y la pandereta siempre sonando... *Dung-da-da, dung-da-da...* Y tu estás fascinado... *(Repentinamente burlón.)*, como un pájaro lo está por una serpiente, que le mira a través de un seto de bambúes. *(Con una risa breve.)* ¡Ah, ah! Se encanta a la serpiente con la flauta y al hombre con las palabras.

(En este momento suenan, al extremo de la calle, dos largos silbidos de apache; el ruido violento de unas puertas que se cierran y un fracaso de cristales rotos. En seguida, con un movimiento

rápido, se oye, dentro y por el foro, todo el alboroto tumultu que sigue.)

ALBERTO.—El primero que me toque...

EL DESCARGADOR.—¡Anda! ¡Dispara! ¡Tírale! *(Suenan dos ti de revólver y gritos de mujeres.)*

NOSTRAMA.—¡Socorro, que se matan!

ALFONSINA.—Yo no quiero mezclarme en estas historias. *(oyen los silbatos de la Policía.)*

FIFINA.—¡Alberto!... ¡Alberto!...

CELESTE.—¿Quiere usted soltarla?

FIFINA.—¡Alberto!...

EL DESCARGADOR.—¡Arriba las manos!

NOSTRAMA.—¡Huye tú, pequeña!

ALBERTO.—*(Suena otro tiro.)* ¡Ah, los canallas! ¡Me han m tado!

VALENTÍN.—¡Cortad el paso!

FIFINA.—¡Asesinos, asesinos!

UNA VOZ.—¡Cogedlos a todos! ¡Hala! ¡De prisa!

IRMA.—¿Pero qué ha pasado?

NOSTRAMA.—El chico de la señora Grinda, que había venic a bailar al trece.

HERMINIA.—Esto lo tenía preparado el inspector. Ya nos l pagará.

FIFINA.—¡Alberto!

NOSTRAMA.—Vamos, Fifina, hija mía; no se puede estar e medio de la calle con estas batallas.

LEA.—Esconderse, que han ido a buscar a la patrulla.

FIFINA.—Vosotros, los hombres, todos sois unos cobardes. S yo hubiera tenido un revólver...

EL DESCARGADOR.—Ten cuidado, que el mío se dispara solo.

FIFINA.—Sí, cobardes. ¡Han matado a mi Alberto!

EL DESCARGADOR.—Vamos a bebernos una copa.

FIFINA.—¡Alberto!

(Durante este tiempo, el Indú se ha levantado, ha cerrado la puert y ha cogido una silla con gesto de defensa. El Guitarrista se h

rrucado a los pies de la cama de Linda. Suenan golpes en la rta.)

A VOZ DE LINDA.—*(Un poco ahogada por el ruido de la calle. ve la sombra siluetada de Linda en la cortina.)* ¡Abrid, abrid! uién ha cerrado? ¿Quién está en mi casa? ¿Quién es?

L GUITARRISTA.—¿Qué dice ésa?

L INDÚ.—Pregunta quién ha ocupado su lugar.

A VOZ DE LINDA.—¡Dejadme entrar, que van a cogerme!

L GUITARRISTA.—¿Es la voz de Maya?

L INDÚ.—¡Tiene tantas y tan distintas!...

L GUITARRISTA.—Entonces... ¿quién es esa mujer?

L INDÚ.—Nadie la ha conocido viviente. Cada hombre que ra aquí, la mata.

A VOZ DE LINDA.—¡Abrid! ¡Abrid!

L GUITARRISTA.—¿Pero qué es lo que quiere?

L INDÚ.—Un imposible... ¡Resucitar!

Se oye que gritan en la calle: "¡La patrulla, la patrulla! ¡Sálse el que pueda! ¡Apagad las luces! ¡Por aquí, Linda! ¡Ven mi casa; ven de prisa!" *(Las sombras corren y se entrecruzan lante de las cortinas. Ruidos de puertas que se cierran. El ruor decrece. Silencio. A poco, se oyen los pasos acompasados los soldados.)*

L GUITARRISTA.—*(Implorando.)* ¿Quieres seguir contándome? Háblame de ella!

L INDÚ.—¿Ella? ¿De la que ha llamado a la puerta?

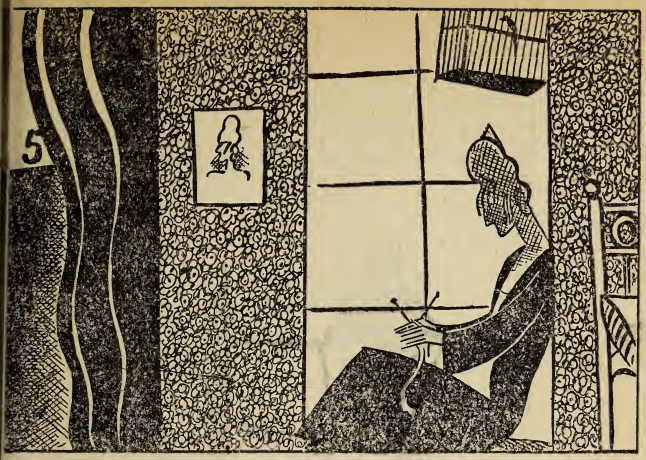
L GUITARRISTA.—No, no. De la otra... ¡De la otra!

L INDÚ.—La otra...

L GUITARRISTA.—De la que estamos esperando... ¡De Maya!

L INDÚ.—*(Con mucha solemnidad.)* ¡La Otra!... *(El Guirrista, con los ojos cerrados sobre el retrato imaginario, ca el estribillo del "Indostán", acompañándolo con la voz. l Indú, de pie, al lado de la puerta, persigue la evocación con n balanceo de todo su cuerpo. Y ahora es la cortesana celeste, la psara misma, la que él hace surgir a la luz macilenta y con una ox de encantamiento. Muy despacio.):*

Veo su cara, parecida al loto;
sus senos elevados como picos,
su vientre terso como una concha...
¡Apsara! ¡Apsara!
Tu encanto secreto tiene el perfume de los jazmine
en una noche de estío...
¡Apsara! ¡Apsara!
Cuando tú bailas,
el balanceo de tus caderas
promete voluptuosidades divinas...
¡Apsara! ¡Apsara! ¡Apsara!

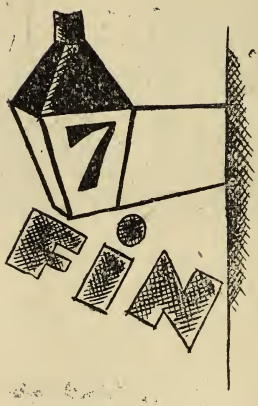


EPILOGO

(Noche brusca en la escena. Se oye cada vez más apagada la música del Guitarrista y la voz del Indú. Luego, vuelve la misma luz que había en el primer cuadro. LINDA *y* CELESTE *están en escena, exactamente con la misma colocación que en el primer cuadro. La puerta está abierta y el sol resplandece en la calle. Y Lindo dice las mismas frases, con el mismo tono y con los mismos gestos.)*

LINDA.—Haces dos mallas, así... Luego, coges un punto..., así... ¿Ves? Otras dos mallas... Otras dos... Otro punto... En la segunda vuelta, lo contrario. *(Mientras el telón baja lentamente.)* Y así continúas..., continúas..., continúas...

TELON


7
FIN

Las mejores máquinas

DALTON

para sumar.

DEMOUNTABLE

para escribir.

MERCEDES EUKLID

para calcular,

MERCEDES ADDELECTRA

para Contabilidad y Estadística.

AGENTES GENERALES EN ESPAÑA:

JOSE LEBLANC, S. A.

Avenida del Conde de Peñalver, n.° 7.

Teléfono 51835. Apartado de Correos 381 C.

Rivadeneyra (S. A.).—Madrid.